



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
FACULTAD DE HUMANIDADES**

LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS

T E S I S

La caída como crítica. Análisis de "Don Catrín de la Fachenda", de José Joaquín Fernández de Lizardi, desde la ironía y la sátira

Que para obtener el título de:
Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas

Presenta:
Estefany López Parra

Asesora:
Dra. María del Carmen Álvarez Lobato

Toluca, Estado de México, 2026

Índice

Introducción	1
1. Contexto socio-histórico y literario: la época de Fernández de Lizardi	11
1.1. La sociedad colonial	11
1.2. El pensamiento independentista y el surgimiento de una literatura nacional	13
2. El vicio cómico de don Catrín y sus personajes	22
2.1. El vicio cómico.....	22
2.2. Don Catrín y su sociedad	29
2.3. Catrín, entre el vicio y la virtud	38
2.3.1. Personajes viciosos	40
2.3.2. Personajes virtuosos.....	56
3. La caída de don Catrín y la crítica del autor hacia la sociedad de su tiempo.....	64
3.1. Mecanismos de la risa.....	64
3.2. Ironía y sátira	73
3.3. Crítica a la sociedad mexicana del siglo XIX	83
Conclusión.....	89
Bibliografía citada	94
Bibliografía de referencia	96

Introducción

José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), a través de sus escritos, ha buscado reformar a una sociedad sin sentido de comunidad, hipócrita, egoísta, desigual y corrupta. Al creer que estos males sólo se pueden corregir con la correcta educación del pueblo, sus escritos novelísticos y periodísticos tienen un propósito didáctico. En ellos critica y ridiculiza comportamientos viles e inmorales, y lo hace mediante la ironía, la sátira, y el retrato del lenguaje popular y las costumbres, con el fin de que todo lector comprenda su mensaje.

En su obra *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* (1832), retrata a un personaje egoísta, vanidoso, perezoso, inmoral y orgulloso, que presume de su falsa nobleza en un país en el que ya dejan de funcionar los títulos nobiliarios, y que se proclama el prodigio del siglo XVIII cuando ya ha entrado el XIX. Ya se podrá notar que este personaje tiene una vida irónica, pues no hay coherencia entre lo que dice ser y lo que realmente es. Por ejemplo, comete robos y vive a costa de su prójimo con tal de satisfacer sus necesidades, pero esos abusos los hace pasar como acciones ingeniosas dignas de imitar y admirar. Es malagradecido con quien le tiende la mano. Alardea de su riqueza cuando en realidad está tan pobre que pasa hambres y desnudeces; de su sabiduría sin haber aprendido ni a escribir bien; de su valentía mientras demuestra ser tan cobarde; y hasta de su excelente y decente traje que ha sido remendado tantas veces. Se niega a cualquier trabajo por ser indigno a su nobleza, y la pobreza en la que vive lo lleva a aparentar y a tener la necesidad de sobresalir en valía, honor y riqueza ante los demás.

Es criado por unos padres que le consienten todo, y por ello, no recibe una buena educación o enseñanza moral, cuya consecuencia no se ve sólo en su juventud, sino desde su niñez, pues falta a la escuela, se pelea con los compañeros y sólo se enfoca en tener diversión. Sin la tutela de sus padres, gasta todo su dinero y se niega al trabajo a pesar de no tener ni para comer. Y al saber que la apariencia le puede dar muchos beneficios mediante la adulación y el disfraz de sí mismo, se aprovecha de la ingenuidad de otros al hacer que se compadezcan de él y le den dinero, comida o algún trabajo, para al final ser desagradecido y robarles a

escondidas. Presume de la buena vida que se da gracias a sus acciones “ejemplares”, y, sin embargo, siempre omite los sufrimientos y desgracias que eso le trae. Nunca cambia para dejar de ser un catrín y admitir su ridículo: se niega a dejar a un lado su vanidad y orgullo.

Don Catrín está acompañado por otros personajes similares a él. La apariencia del protagonista funciona en una parte de la sociedad que también finge y se deja llevar por la imagen y las palabras almibaradas, y donde una mala acción puede pasar desapercibida si se disfraza de conducta ejemplar o si se saldrá beneficiado de ella. Los catrines son una comunidad aparente, pues sólo se prometen amistad cuando el otro les puede ayudar en algo de su interés, y cuando no, se traicionan y abandonan. Tienen en común sus vicios y máscaras, y las usan no sólo para simular que son unos catrines ricos y nobles, sino para ponerse el traje de ladrón, borracho, cristiano, jugador, militar, mendigo, etc., si con ello satisfarán alguna necesidad.

Como oposición a los personajes viciosos, hay en la obra unos que son caracterizados por ser virtuosos. Uno de ellos es don Cándido, personaje que se encarga de finalizar la historia del protagonista cuando muere, y cuyo discurso es la contraparte del discurso irónico de don Catrín. El personaje resume en un sólo capítulo la verdad “escondida” de la vida desgraciada del protagonista, y critica severamente la educación que recibe por parte de sus padres, así como las conductas libertinas que sólo le hacen merecer golpes, sufrimientos y desprecios. Los personajes virtuosos son los que se encargan de advertir a don Catrín de las consecuencias que le traerán sus malas acciones, pero éste, rehusado a abandonar su necedad y papel de catrín, sufre pobreza y enfermedades que al final lo hacen morir en la desesperación e intranquilidad, aunque insista en el lecho de muerte que ha vivido bien.

Existen muchos estudios sobre *Don Catrín de la Fachenda*. Datos como que el protagonista es un fiel representante de la pereza, la inmoral, desvergüenza, etc., está más que dado por hecho. En este trabajo recurriré a diversos estudios como “La sociedad del buen tono” de Alberto Trujillo Bretón para retomar el término ‘catrín’ y su uso en la sociedad mexicana del siglo XIX. A *Don Catrín de la Fachenda*:

Ridiculización de las clases sociales y la moralidad a principios del siglo XIX de Guadalupe Arenas Pacheco, donde analiza la burla que hace el autor del protagonista, e incluso este mismo cuando se jacta de ser noble y rico mientras pertenece a los estratos sociales más bajos. A *Nacionalismo, ironía y desilusión en la obra narrativa de José Joaquín Fernández de Lizardi* de Jacob Tanner Romine, en la que afirma que en el México del siglo XIX la situación sociopolítica es tan inestable, que la desesperanza de que las cosas puedan mejorar o de que el país tome una dirección clara, provoca que haya una carencia de la moral y se opte por vivir deshonestamente. A *Del humor y la apariencia en don Catrín de la Fachenda* de Mariana Ozuna Castañeda, que analiza la máscara que se coloca don Catrín y la simulación de la sociedad de la época, donde cualquiera, con vestirse y comprar lo que los ricos, puede parecéseles y confundirse con ellos. Además de que don Catrín es un egoísta, y su sociedad, una comunidad llena de individuos indiferentes que no muestran empatía ante alguna situación de injusticia o desgracia. Estos estudios, entre otros, serán de utilidad para llevar acabo el presente trabajo.

Cabe destacar que, en algunos de los estudios anteriores, se ve a don Catrín como un personaje que no es a propósito un mal individuo en la sociedad, sino alguien amoral que lo es por la culpa de sus padres y de otros catrines, y por las situaciones que hacen que se comporte así. Por ejemplo: “Don Catrín de la Fachenda no recibió amor de sus padres, ni de Marcela, ni buenos ejemplos de sus amigos: abusaron de él y él, a su vez, abusó de quien pudo serle útil”¹; “es un jovenzuelo mal criado por sus padres, no inmoral, sino amoral, que vivió toda su vida sin trabajar, viviendo a costa de sus padres y de sus compañeros catrines o, en su caso, mintiendo y robando para ganarse la vida”²; “No sorprendería que hubiese matado a sus complacientes padres o al pesado de su tío el cura, sin

¹ Mariana Ozuna Castañeda, *Del humor y la apariencia en Don Catrín de la Fachenda* (tesis de licenciatura), México, Universidad Autónoma de México, 2000, p. 127.

² Guadalupe Estefanía Arenas Pacheco, *Don Catrín de la Fachenda: ridiculización de las clases sociales y la moralidad a principios del siglo XIX*, p. 2. Consultado en <<https://pdfcoffee.com/don-catrin-de-la-fachenda-ensayo-final-literatura-en-al-ii-2-pdf-free.html>>.

embargo, no es un personaje malvado. Podría afirmarse que es un ser liberado de la moral tradicional, que vive por y para su propia satisfacción”³.

Desde esta perspectiva, el protagonista causa compasión y lástima. Sin embargo, don Catrín está consciente de lo que es moral e inmoral, y se decide por lo último porque es la única manera que tiene de satisfacer sus deseos sin tener que cumplir con las normas de la sociedad. Se niega al trabajo porque no quiere tener ningún tipo de preocupaciones por el futuro, y por eso su ley es la pereza. Está consciente de que es un pobre que sufre hambres y desnudeces, y de que trata de ocultarlo mediante la apariencia. Y de igual manera sabe que se coloca diversas máscaras y trajes para vivir a costa de otros. Don Catrín es un hipócrita, o más bien, un simulador que representa sus papeles fielmente.

Todo en don Catrín es simulación, aparentar ser lo que no es, porque lo que desea ser no está a su alcance. Esto lo hace tratar de estar en una ilusión en la que es un hombre sabio, rico y noble, y busca juntarse con otros personajes que afirmen esa apariencia e ilusión. ¿No es esto muy similar al sentimiento de inferioridad del mexicano, que busca ocultar su intimidad y lo que no tiene mediante esa aparente valentía que tanto se empeña en demostrar? Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) describe así la identidad del mexicano, e incluso Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950) al explicar la simulación.

En el presente trabajo, el objetivo es establecer la relación entre el comportamiento de don Catrín de la Fachenda, los vicios cómicos, y los mecanismos de la risa propuestos por Henri Bergson en *La risa*. Y analizar la reprobación y ridiculización que hace el autor del personaje mediante la sátira y la ironía. Esto con el fin de comprobar la hipótesis que afirma que la vida de don Catrín es una constante caída hacia la ruina corporal y espiritual, y está englobada en la crítica social e individual que hace el autor a la sociedad de su época.

Se describirá el contexto socio-histórico y literario en el que es escrita la obra. Para después analizar y comparar a cada uno de los personajes mediante lo propuesto por Henri Bergson en *La risa*: los vicios cómicos, sus costumbres, su

³ Jakob Tanner Romine, *Nacionalismo, ironía y desilusión en la obra narrativa de José Joaquín Fernández de Lizardi* (tesis de licenciatura), Texas, Texas State University, 2020, p. 42.

relación con los demás y su influencia en don Catrín. Y así continuar, en el capítulo tres, con el análisis de la degradación física y moral del protagonista desde los mecanismos de la risa propuestos por Henri Bergson; además del análisis del discurso irónico, satírico y la crítica social en la obra. Y finalmente, englobar la caída y vida del personaje en la crítica social e individual que hace Fernández de Lizardi a sus contemporáneos; pues al poner como antiejemlo las conductas y vida del personaje busca señalar y criticar, desde la sátira y la ironía, los males que afectan su sociedad, para lo cual tiene el fin no sólo de retratar, sino de educar y reformar.

Mi justificación para llevar a cabo este estudio es aportar una perspectiva diferente acerca del personaje don Catrín, y destacar la actualidad de *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*. Puede resultar anacrónico que recupere, en pleno siglo XXI, una obra literaria del siglo XIX para su estudio, y que además la relacione con la identidad del mexicano descrita por Samuel Ramos y Octavio Paz en el siglo XX. El tiempo avanza y las cosas están en constante cambio, así que sostener que *Don Catrín* tiene cierta actualidad, me enfrenta “a una inadvertida forma de *anacronismo* [...] ignoraría prácticamente la realidad del cambio, la naturaleza y la condición intrínsecamente transitoria y caduca de las cosas”⁴. Sin embargo, según Ortega Esquivel, esta forma de entender lo histórico como algo que está en constante cambio, innovación y progreso, es absurda, lo cual,

ante la pregunta por la actualidad de tal o cual pensador del pasado, convoca inmediatamente una suerte de tribunal histórico-filosófico que desde una posición de privilegio, el Presente (con mayúscula), juzga qué y cuánto de ese pensamiento ha perdido vigencia.⁵

Esta misma forma absurda de ver lo histórico “nos lleva de la mano a un [...] vicio, consistente en enclaustrar las ideas y su rendimiento teórico y discursivo única y exclusivamente en su propio tiempo”⁶. Pero el problema es mucho más complejo, y no se reduce a sólo contestar un sí o un no sobre si la obra tiene actualidad. Este

⁴ Aureliano Ortega Esquivel, *Filosofía Mexicana*, Universidad de Guanajuato, 2018, p. 126.

⁵ *Ibid.*, p. 127.

⁶ *Ibid.*, p. 126.

trabajo se limitará a dar un esbozo de la semejanza que hay entre el protagonista y la identidad del mexicano sin establecer nada como verdad. Esto es más bien como un recurso para el estudio del personaje don Catrín y la sociedad mexicana de la que se inspiró Fernández de Lizardi en el siglo XIX para escribir su obra; además de abrir una puerta a un estudio social, filosófico y literario interesante. Asimismo, la relación con la sociedad actual radica en que la obra es universal, y retrata personajes con vicios y virtudes que se pueden encontrar tanto ahora como en la antigüedad en la sociedad mexicana.

Respecto al tema, se delimita a la fachada y simulación de los personajes de *Don Catrín de la Fachenda*, su relación con los vicios cómicos y mecanismos de la risa propuestos por Henri Bergson en *La risa*, y la reprobación de la vida catrinesca desde la sátira y la ironía.

Para el estudio de don Catrín y sus personajes se ha recurrido a Henri Bergson como sustento teórico, pues, entre los vicios cómicos y mecanismos de la risa, y los comportamientos y vida de los personajes de *Don Catrín de la Fachenda*, se pueden encontrar muchas semejanzas, además de que ayudará a definir al protagonista. A continuación, se esbozarán algunas ideas generales que han llevado a formular la hipótesis del presente trabajo.

Según Bergson, nos reímos de alguien que cae sorpresivamente mientras va caminando, porque la persona que cae ejecuta unos movimientos que requieren cambios para no caer. Esta torpeza o distracción termina por dejar en ridículo y causar la risa ante circunstancias que exigen un cambio o una adaptación. Es lo cómico.

La caída es un suceso que pasa sin planear, accidental, causado por algún obstáculo exterior, entonces, ¿qué pasa cuando es causado por algo interior, algo que viene dentro del individuo? Una cosa es caer por una distracción momentánea, pero otra muy diferente es hacerlo por soñar o ejecutar ideas lejanas de la realidad. En este caso, hay una rigidez instalada dentro del individuo. Estas características conforman al personaje cómico, el cual está sujeto a un vicio y a una rigidez que le impiden cambiar: se mantiene igual ante cualquier tipo de situación, y siempre trata de ocultar su distracción. ¿Esto no trae a cuento a don Catrín de la Fachenda?

Este personaje lleva una vida irónica, pues amolda la realidad a sus ideas y no las ideas a su realidad. Como ya expliqué anteriormente, hay una diferencia entre lo que cree ser y lo que verdaderamente es, y por ello muchas veces resulta ridículo. Sus vicios son varios, pero está arraigado especialmente a la facha y a la necesidad. Trata siempre de ocultar sus malandanzas mediante las palabras y elogios hacia sí mismo, y su necesidad se muestra al no dejar de cometerlas a pesar de las terribles consecuencias.

Sin embargo, don Catrín, más que causar la risa, causa desprecio. No es un personaje cómico que verdaderamente esté sujeto a la distracción, pues todo lo hace premeditadamente. Por ejemplo, el protagonista, al ocultar sus vicios, o más bien, al tratar de hacer pasar sus malas acciones como buenas, no tiene reparo en decir que aparenta siempre. Es un simulador que usa diversas máscaras y trajes, y que nunca deja de representar el papel que le conviene en el momento.

Continuando con Henri Bergson, los personajes cómicos están acompañados por otros que tienen las mismas características. Dentro de la sociedad hay comunidades que no se rigen por aquélla, tal como la comunidad de catrines, un grupo de individuos cuya unión son sus vicios, y que van por la vida aparentando ser hombres de bien, nobles, honorables y ricos, y profesan sus ideas como dignas de admirar. Estos personajes representan tipos y tienen características generales: don Catrín está rodeado de personajes similares a él como Tarabilla, Tremendo y Precioso; pero también está rodeado de otros que representan virtudes, como Modesto, Cándido, el cura, y Sagaz.

Los mecanismos de la risa de Henri Bergson como el diablillo de resorte, la repetición y el ladrón robado, ayudarán a explicar, aunque no en su totalidad, la vida del protagonista, su constante necesidad y su degradación física y espiritual. Don Catrín, como el diablillo de resorte que recibe un golpe, se aplasta y se levanta para otra vez recibir lo mismo, comete malas acciones que al momento le pueden ayudar a vestirse, comer y vivir bien, pero cae cuando llegan las consecuencias y sufre golpes, humillaciones, hospitales y cárceles por sus crímenes. Este movimiento de constantes golpes al diablillo coincide con los continuos golpes de hambrunas y enfermedades que sufre don Catrín. Y como a un ladrón robado, los males que les

causa a otros los sufre también. Y esto se repite una y otra vez, sin jamás ceder al cambio.

Este antiejemlo de vida lo usa Fernández de Lizardi para criticar los males de su sociedad y educarla moralmente. La vida de don Catrín resulta por sí misma repulsiva, aunque éste insista en su discurso que es ejemplar, y con ello se cumple el propósito del autor: que don Catrín deje de tener imitadores. Dirige una crítica individual (al lector) y una social, pues toma características generales de su sociedad para plasmarlas en su protagonista, razón por la que el término catrín en la obra no se reduce sólo a esta comunidad, sino a todo aquel que se comporta vilmente como ellos.

Respecto a la ironía y la sátira en *Don Catrín*, “Ironía, sátira y parodia. Una aproximación pragmática” de Linda Hutcheon y *Eroneia. La figuración irónica en el discurso literario* de Pere Ballart serán de ayuda para el análisis del discurso irónico del protagonista y el discurso satírico por parte de los personajes virtuosos. Según la autora, la ironía es un elogio aparente que esconde debajo una evaluación peyorativa e intención burlona. La constante repetición de frases elogiosas resulta sospechosa, pues, sin que cambien las palabras, al decirlas tantas veces se convierte en un juicio negativo. Don Catrín se halaga constantemente, presume de su inteligencia, de su nobleza, de su honor, de su riqueza y decencia, y se elogia por las acciones viles que comete. En este discurso irónico él mismo se condena, y aunque causa risa por su desfachatez, también a la vez causa repulsión antes que admiración. Además, la sátira en la obra, por medio de las voces de los personajes virtuosos, hace del protagonista un personaje aún más despreciable. Este género señala lo ridículo, el sin sentido o el absurdo en algunos comportamientos con el fin de corregirlos, y se caracteriza por ser aún más negativa que la ironía al causar desdén y desprecio.

Por su parte, Pere Ballart dice de la ironía que no está al servicio de nada ni de nadie, es decir, emite sus juicios sin fundamentarse en verdades sociales o comunes; a diferencia de la sátira, que sí tiene unos fines reformadores y está en función de un credo. De ahí que el discurso irónico de don Catrín elogie conductas

viles e invite constantemente al lector a seguir sus pasos, y de que los personajes virtuosos den sermones y consejos en sus discursos satíricos.

Respecto al capitulado, el primero consistirá en describir el contexto literario, histórico y social en el que escribe el autor su obra. Se analizarán tanto los tiempos de la Colonia española como los de la Independencia, teniendo en cuenta que los españoles prevalecen sobre los demás en diversos aspectos (honor, valentía, riqueza) solamente por la *raza*, y que incluso tienen más privilegios que los criollos. Y que éstos, influidos con el pensamiento ilustrado y la Revolución Francesa, comienzan a tener un sentimiento de pertenencia a la Nueva España. Y así, con la Independencia y las ideas nacionalistas, surge una literatura nacional, cuyos autores tienen el propósito de educar a la nación y darle identidad. Aquéllos retratan un lenguaje y personajes que son reconocibles en la sociedad mexicana, mientras que con la sátira denuncian los males de aquélla. El pensamiento Ilustrado influye en las ideas de libertad e independencia de los pueblos, y el Neoclasicismo coincide con aquél al colocar la razón por encima del sentimentalismo; por lo cual la educación es clave para resolver los males de la sociedad. Y junto con el Romanticismo, compaginan con la pasión de luchar por la nación.

El segundo capítulo se enfocará en las características de los personajes, como su forma de vestir, pensar, hablar, comportarse, su relación con los otros, el entorno en que se desarrollan y sus costumbres, con la ayuda de Henri Bergson con su libro *La risa*, analizando con ello los vicios cómicos de don Catrín y sus personajes, y los vicios o virtudes que representan. Así como dedicaré una pequeña parte del estudio para relacionar a don Catrín con la identidad del mexicano propuesta por Samuel Ramos y con la simulación de la que habla Octavio Paz, con el fin de tener una perspectiva más amplia del personaje.

Para el tercer capítulo, se analizará la caída y degradación constante de don Catrín durante toda su vida partiendo de los mecanismos de la risa de Bergson. Y en cómo este antiejempleo de vida está englobado en la crítica que hace el autor a la sociedad mexicana del siglo XIX, desde el discurso satírico e irónico de los personajes.

La vida de don Catrín va en caída, hacia una constante degradación física y espiritual. Se muestra la ironía en su esfuerzo por tratar de ocultar sus vicios, porque todo lo quiere hacer ver como si estuviera bien. Pero la sátira, aunque poco presente en comparación con aquella por la poca aparición de personajes virtuosos que denuncian sus conductas, ayuda a cumplir el propósito del autor: hacer que don Catrín no tenga más imitadores.

1. Contexto socio-histórico y literario: la época de Fernández de Lizardi

La obra literaria que analizaré en el presente trabajo, *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* (1832) de José Joaquín Fernández de Lizardi, refleja tanto los tiempos de la Colonia española como los de la Independencia. Por ello, es necesario recurrir al contexto histórico y social de la época para comprenderla, y analizar los movimientos literarios en los que se la cataloga: Romanticismo y Neoclasicismo, en los cuales se ve reflejado el retrato de los males de la sociedad con el propósito de reformarla.

1.1. La sociedad colonial

En la tesis *Modelización social en dos novelas novohispanas: “Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda” y “El periquillo Sarniento”* de Wilfrido M. Suárez, éste habla sobre la división de la sociedad de la Nueva España a causa de la distinción racial en el siglo XVIII. Se diferencia principalmente a españoles de indígenas, donde los primeros ocupan la cima de la pirámide social de la Colonia; y los segundos, una de las últimas bases. Las leyes son las que mantienen esta separación no sólo social, sino también espacialmente. Así que mantener relaciones entre las diferentes razas es considerado una aberración. Sin embargo, al prestar los nativos sus servicios a los colonizadores, es inevitable que se dé una interacción entre los diversos grupos; razón por la que surge el mestizaje y la detallada distinción que se puede ver en las pinturas de castas. Este hecho “reforzaba la fragmentación social, impidiendo un sentido de conciencia colectiva que llegara a unificar a las masas como nación”¹.

En dicha sociedad se destaca sobre todo la pureza de sangre, la valía y la superioridad de los españoles frente a los esclavos, mulatos, indígenas, mestizos, etcétera. Este sentimiento de grandeza es también la obsesión de los criollos, quienes alardean ser descendientes de los conquistadores. De igual manera, la riqueza es otro motivo más para exaltarse, pues el adquirirlas significa regresar a España como noble rico. Y lo más importante: conseguir honor, reputación y fama.

¹ Wilfrido M. Suárez, *Modelización social en dos novelas novohispanas: “Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda” y “El Periquillo Sarniento”* (tesis de doctorado), Nebraska, The University of Nebraska, 2012, p. 7.

Tanto el hecho de nacer en España o en la Nueva España, así como el origen de los padres, ata al individuo a un grupo específico que determina las oportunidades que tendrá o no por el resto de su vida. La dominación española en la jerarquía social se mantiene debido a la distinción racial que determina la ocupación de cada individuo, la cual puede consistir en gozar de privilegios, honores y derechos, o en pasar toda una vida sirviendo a otros. Los grupos marginados reciben injusticias sin tener la culpa, pues no depende de ellos de dónde descienden. Esta idea absurda de la sangre pura que establece la distinción racial y el poder de unos sobre otros, determina la vida lujosa o miserable que llevará el individuo.

Aparte de la distinción racial, está también marcada la separación entre aquéllos que poseen riquezas y los que no, ya que los primeros pueden darse el lujo de trabajar menos y de tener tiempo para el regocijo. Éstos, que son claramente los españoles, tienen la oportunidad de controlar territorios, así como de aumentar aún más su riqueza y reputación social. Cabe destacar que, los nativos y las personas de las castas que pertenecen a los estratos más bajos, hacen el trabajo más pesado y que más fuerza requiere, pero el mismo, en vez de proporcionarles valor ante el resto, se les ve como algo indigno y sin importancia; a diferencia de los españoles, cuyo trabajo de liderazgo e intelecto les da más validez.

Los españoles y criollos persiguen sobre todo el honor y el reconocimiento de los demás, lo cual es muy importante mantener para ellos, pues si un individuo comete algo en contra de lo aceptado comúnmente, no sólo éste, sino su familia entera, queda en la total deshonra. Esto ocasiona que el resto de personas evite relacionarse con aquéllos. No obstante, es importante mencionar que la voz de la autoridad regula su reprobación dependiendo del individuo, es decir, a un nativo se le puede reprochar algo que a un peninsular no.

La mezcla entre *razas*, especialmente entre españoles y nativos, produce el mestizaje, es decir, un grupo distinto a los que pertenecen sus padres (nativos o españoles). Así que, al no ser parte del todo a un estrato social ni al otro, el mestizo, así como los mulatos y los de otras castas, carecen de una identidad propia definida

y forman un cuerpo aparte, y “este cuerpo aparte, como cualquier otro, poco a poco buscaría su autonomía, su nacionalidad”².

Sumémosle que, si acaso los criollos tienen ciertos privilegios y son económicamente acomodados, son también excluidos por los españoles al no permitírseles acceder a cargos que a éstos sí. Este hecho provoca que los criollos, instruidos a la vez con las ideas de la Ilustración originadas en Europa, comiencen a tener una conciencia de pertenencia a la Nueva España, tierra en la que los españoles no habían crecido.

Además, motivos como que “las colonias españolas de América ya se sentían capaces para tener un gobierno propio, y los criollos [...] se sentían disgustados por el trato inferior de que eran objeto”³, más el hecho de que “la administración española provocaba la indignación por el exceso de impuestos y el monopolio comercial”⁴, ocasionan que comience a surgir un pensamiento nacionalista.

1.2. El pensamiento independentista y el surgimiento de una literatura nacional

Así pues, con el surgimiento de las ideas nacionalistas, no es extraño que el deseo de crear una identidad propia traiga consigo el nacimiento de una literatura nacional construida por diversos artistas, tal como Fernández de Lizardi, también interesados en la política y hombres cuya figura corresponde al “intelectual latinoamericano de la primera parte del siglo XIX, obligado por las circunstancias a desempeñar muy diversas tareas públicas, [...] forjar una identidad nacional”⁵, que están preocupados por el devenir de la sociedad y de la nueva nación. Por ello, lo que buscan hacer principalmente mediante sus escritos es educar y modernizar al pueblo.

² Juan Manuel Mendoza López, *Un análisis histórico y estructural del relato Don Catrín de la Fachenda, de José Joaquín Fernández de Lizardi* (tesis de licenciatura), Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015, p. 6.

³ José Manuel Lozano Fuentes y Amalia López Reyes, *Historia universal contemporánea*, México, CECSA, 2000, p. 39.

⁴ *Idem*.

⁵ María Rosa Palazón Mayoral, “José Joaquín Fernández de Lizardi: vida desgraciada y obra patriótica”, en Rafael Olea Franco (editor) y Pamela Vicenteño Bravo (colaboradora), *Doscientos años de narrativa mexicana: siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2010, p. 137.

Estos propósitos los persigue José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), autor que comienza a expresar sus ideas y críticas cuando es decretada la libertad de prensa en la Constitución de Cádiz de 1812. Él, en *El Pensador Mexicano*, periódico de tendencia liberal que funda en 1812, y cuyo primer número publica en octubre de ese mismo año, denuncia la corrupción y la desigualdad en su sociedad debido a que se dan más oportunidades y privilegios a los españoles que a los criollos. Dirige sus críticas al gobierno virreinal y a la Inquisición en Nueva España mediante el uso de la sátira, y se gana la enemistad del clero. Además, se pronuncia en contra de la esclavitud, tema que aborda en *El Periquillo*, pero que antes de su publicación se le pide que edite esa parte, por ser que va en contra de un comercio permitido por el rey.

Trabaja como teniente de justicia en Taxco y se relaciona con los que están a favor de la Independencia, pues se dice que tiene la costumbre de visitar a doña Josefa Ortiz de Domínguez. Y es encarcelado en tres ocasiones: por cuestionar el juicio que se da a unos curas insurgentes; por ser acusado de dar armas a los insurgentes cuando es teniente; y por publicar en 1823 su escrito *Si dura más el Congreso, nos quedamos sin camisa*, por el cual le llega la denuncia de un fiscal por considerarlo un escrito con un título “alarmante” que va en contra del Congreso.

En *Cincuenta preguntas a quien quiera responderlas* (1821) denuncia que los privilegios de unos cuantos no se hayan acabado, que no se representa a todas las clases sociales, que las elecciones no son libres y lo elegido no es voluntad del pueblo, y que no hay razón para que las mujeres no participen en la representación nacional, etcétera.

A muchos no les gusta su trabajo, pues “Sus opiniones y proyectos sobre la educación, la felicidad, la justicia y el bien común de la sociedad se propagaban causando molestia y escozor, ya que sus ideas reformistas y utópicas se alejaban de las doctrinas ilustradas más convencionales”⁶. Y entre aquellos que se muestran disgustados está el virrey Francisco Xavier Venegas, a quien Lizardi escribe que libere a unos curas encarcelados que son partícipes en la guerra de Independencia,

⁶ Esther Martínez Luna, “Prólogo”, en *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, México, Penguin clásicos, 2019, p. 28.

y por ello es censurado y enviado a la cárcel, incumpliendo así el virrey lo decretado en la Constitución, y en diciembre de ese mismo año suprime la libertad de prensa.

Debido a la censura, el escritor se ve obligado a mitigar sus críticas mediante sus novelas irónicas y satíricas: *El Periquillo Sarniento* (1816), *La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima* (1818), *Noches tristes y día alegre* (1819) y *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* (1832).

Por ejemplo, en *Don Catrín*, critica sobre todo la idea absurda de la sociedad que valora más los títulos nobiliarios que el mérito del trabajo. Retrata la clara distinción abismal entre aquellos que poseen riquezas y los que viven en la miseria. Reprueba la nobleza de la que presumen los criollos y españoles por ser de familias conquistadoras, y que no pierden su orgullo y altivez a pesar de perder sus riquezas. Y, asimismo, reprende que la sociedad no es realmente una sociedad, sino que, el individuo, al estar obsesionado con la riqueza y el poder para poder darse valor ante los demás, es un ser egoísta sin sentido de comunidad. En don Catrín, personaje principal, se ve sobre todo esa necesidad de sobresalir sobre el resto en valía, honor, superioridad y riqueza. Y se niega a cualquier tipo de trabajo por ser todos indignos a esa “nobleza” de la que hace alarde constantemente. Demuestra su egoísmo cuando es mal agradecido con quien le ayuda, y busca solamente satisfacer sus propios deseos a costa de otros.

La sociedad a la que pertenece el pensador mexicano está llena de vicios y miserias, y se rige por lo superficial. Los lujos, placeres y caprichos de los criollos y españoles no sólo son para ellos, sino que la clase media, “rica en orgullo y pobre de bolsillo”⁷, busca simular también que son como aquéllos. “La pasión por las modas extranjeras era lo que más preocupaba a todas las clases sociales de México, exceptuándose a los indígenas, y [...] los individuos de mediana posición y los profesionistas luchaban por mantenerse a la altura de los ricos”⁸. Y respecto a los estratos más bajos, en estos reinan la miseria y la ignorancia. Y aunque Lizardi siempre se enfoca en analizar a todas las clases sociales, a la que dirige más sus

⁷Jefferson Rea Spell, “La sociedad mexicana juzgada por Fernández de Lizardi” en *Anales del Museo Nacional de México*, núm. 5 (1927), p. 226.

⁸ *Ibid.*, p. 238.

críticas es a la clase media, “especialmente sus frases despectivas, atribuyéndole las condiciones miserables del país, por sus sandeces, sus extravagancias y la estúpida vanidad de todos sus miembros que desdeñaban los oficios y otras ocupaciones honradas”⁹.

Cuando recupera su libertad, Fernández de Lizardi continúa el desarrollo de sus ideales de educación. Con el fin de que todo el pueblo le comprenda, en sus obras describe a personajes marginados y típicos que se encuentran en la sociedad mexicana. Así mismo, retrata el lenguaje que utilizan las personas de los diversos estratos sociales, en especial el lenguaje coloquial y refranes que el pueblo iletrado puede comprender. Sin embargo, dicha característica se la critican, ya que el lenguaje utilizado y las situaciones en sus obras son para muchos algo que carece de un valor estético, pero consideran a la vez que lo que se puede aceptar es que retrata a personajes y paisajes sacados de la realidad.

Algunos comentaristas se han empeñado en explicar la obra narrativa de Fernández de Lizardi a partir de la carencia o de sus muy pocos “valores estéticos”, lo cual resulta en nuestra opinión un tanto ocioso, por decir lo menos. No deberíamos seguir juzgando sólo con parámetros de belleza narraciones que surgieron desde otro horizonte de expectativas, que privilegiaron las ideas y sirvieron como instrumento político antes que de “gozo estético”.¹⁰

El objetivo del autor en sus escritos satíricos y educativos es denunciar los males de la sociedad, aquellas costumbres que la dañan a ella y a los hombres.

...como la corrupción de los oficios, la injusticia de las instituciones, el matrimonio por conveniencia, la educación de las mujeres, la ignorancia del pueblo, es decir, los problemas de aquejaban a la sociedad novohispana en un periodo de cambios profundos.¹¹

El periquillo sarniento es la primera novela que se publica en Hispanoamérica en el año de 1816, pues antes de decretada la Constitución de Cádiz en 1812, la censura está a la orden del día y se prohíbe el paso de ciertas obras a América por ser

⁹ *Ibid.*, p. 226.

¹⁰ Luna, *op. cit.*, p. 16.

¹¹ *Ibid.*, p. 13.

consideradas profanas. Es así que, cuatro años después, Fernández de Lizardi publica la primera novela de México e Hispanoamérica, en la que retrata la realidad de su nación con un fin reformista y de construcción de la identidad nacional.

Por tal razón, no es sino hasta que se proclama la libertad de prensa que los habitantes de la Nueva España pueden estar al tanto de lo que se publica en Europa, así como también del pensamiento ilustrado que surge en el siglo XVIII. Durante este tiempo se fundan academias, museos, observatorios, centros culturales y de investigación que favorecen el conocimiento de las ciencias. Este hecho provoca que nuestra novela nazca, pero también que no sea tan independiente, pues “Imita al Lazarillo de Tormes: utiliza el género picaresco, es costumbrista, autobiográfica, aparece el antihéroe, realista y es Novela Popular”¹².

Respecto a las ideas del pensamiento ilustrado, al igual que la corriente literaria neoclásica, se desligan de las creencias religiosas, supersticiones y designios de Dios, y más bien se inclinan por la razón, la experiencia, el orden, la simetría, y se rigen por métodos que permiten indagar las leyes a las que están sujetas la naturaleza y la sociedad. La Ilustración

...parte del concepto de que la sociedad alcanzaría la felicidad si se daba al hombre una educación apropiada. Los intelectuales del siglo XVIII estaban convencidos de que brillaría una aurora de prosperidad, si se afirmaba la autonomía del individuo frente a los poderes sociales representados por la monarquía y la Iglesia.¹³

En Europa surge el concepto de Estado en contra de la monarquía, y se rechaza la idea de que los reyes son elegidos por la divinidad. De pronto todo aquello que se cree saber se pone en duda. En la Ilustración se concibe la idea de que el hombre está solo en la Tierra y de que él mismo tiene que hacer su propio destino. Se enfoca en lo racional y se prioriza el conocimiento científico, lo cual hace que surjan diversas ramas del saber. Además de que la razón y la lógica son vistas como lo único que puede dirigir la civilización y la vida. En este movimiento lo racional es lo bello. Se busca que el conocimiento no sea inaccesible ni ininteligible para nadie:

¹²Alberto Villegas Cedillo, *La novela popular mexicana en el siglo XIX*, Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1984, p. 10.

¹³ Lozano y López, *op. cit.*, p. 12.

debe estar abierto a todos para así lograr una sociedad culta, con unos ciudadanos críticos. Este pensamiento, junto con la Revolución Francesa, influye en las colonias de América con las ideas de libertad, independencia de los pueblos, derechos de los hombres y la abolición de la esclavitud. “Las ideas intelectuales de los enciclopedistas del siglo XVIII se habían infiltrado en la América Española, y cuando surgió la revolución, los criollos y mestizos vieron en los revolucionarios los ideales y aspiraciones de libertad”¹⁴.

El Neoclasicismo también surge en el siglo XVIII como un rechazo a la ornamentación del Barroco y coincide con la Ilustración. Rescata los modelos clásicos de las antiguas Grecia y Roma y es humanista. La razón y la inteligencia están por encima del sentimentalismo, y en la literatura el creador debe apegarse a la razón, es decir, no debe hablar de él mismo sino de lo exterior. Además, como en la Ilustración, se busca que el conocimiento sea accesible para todos, y por ello se manifiesta una función didáctica: se pretende enseñar la moral, el valor del ser humano en la sociedad y la identidad nacional. “la academia fundada por Luis XIV pretendía que toda obra literaria debía estar basada en la razón y que el único objeto que tenía la literatura era la enseñanza. Los neoclásicos despreciaban el sentimiento y la imaginación”¹⁵.

Por ello es que Fernández de Lizardi piensa que los males de la sociedad, como la inseguridad, la injusticia, la ignorancia, la desigual distribución de la riqueza, la corrupción, etc., residen en la falta de educación de los ciudadanos. Y consecuentemente, al tener el propósito de cambiar esos males, el pensamiento ilustrado induce ideas que permitirían conocer las leyes por las que una sociedad feliz, justa e igualitaria podría regirse.

Es así que, al tener la idea de que el pueblo, a través de la razón, puede deshacerse de la desigualdad y la corrupción, en la literatura se ve el propósito de retratar las costumbres de la sociedad de la época, mediante la descripción de ciertos tipos de personajes reconocibles en aquella, y el uso del habla popular para

¹⁴ *Ibid.*, p. 34.

¹⁵ *Ibid.*, p. 13.

enseñar y moralizar con la constante reprobación y ridiculización de actitudes viles (como lo hace Lizardi con Catrín y Periquillo).

Fernández de Lizardi expresó ampliamente la realidad de la sociedad mexicana a principios del siglo XIX, y reprodujo, luego de observar cuidadosamente, elementos culturales como el lenguaje. [...] En su novela, el marco y su tema son la Ciudad de México y sus habitantes; describe con detalle a los integrantes de los diferentes estratos sociales; hábilmente dibuja el perfil de oficios y profesiones; retrata a indios, ladrones, jugadores, hombres honrados y a pendencieros. Nos regaló escenas nacionales altamente expresivas.¹⁶

A finales del siglo XVIII las ideas ilustradas se dejan de lado, razón por la que el hombre se encuentra en la incertidumbre, pues el mundo ya no se puede explicar ni como obra de Dios ni como algo sujeto a leyes naturales. Así, domina en la literatura la exaltación del yo, los sentimientos de nostalgia y el ambiente lúgubre al surgir el Romanticismo como oposición al Neoclasicismo. Ya no predomina la razón sobre el sentimentalismo, ni el equilibrio ni la simetría, sino la desmesura, lo monstruoso, las pasiones y el instinto.

Sin embargo, en Hispanoamérica no se puede establecer una clara diferencia entre Neoclasicismo y Romanticismo, en los escritos de pronto se pueden ver uno y otro movimiento literario. En el Neoclasicismo, las ideas ilustradas llevan a anhelar la igualdad y la libertad individual y colectiva; y el Romanticismo compagina con aquél por la idealización y la pasión de luchar por la patria, por la protesta y por su rebeldía al estar en contra de lo tradicional. Ambos movimientos manifiestan las ideas independentistas de libertad, igualdad y soberanía de los pueblos.

Podríamos catalogar a *Don Catrín de la Fachenda* en estos movimientos literarios por los ideales del autor, pues sus propósitos didácticos y moralistas en sus obras coinciden con las ideas del Neoclasicismo e Ilustración. Y su postura liberal al rebelarse contra autoridades coloniales como el virrey, o el ir en contra de lo tradicional, coincide con el Romanticismo.

¹⁶ León Guillermo Gutiérrez, *La novela en México en el siglo XIX*, México, Bonilla Artigas Editores, 2017, pp. 23-24.

Es en el auge de estas ideas independentistas que nace la novela por entregas. O, mejor dicho, Fernández de Lizardi comienza con la novela por entregas en México: *El periquillo Sarniento*, *La Quijotita y su Prima* y *Don Catrín de la Fachenda* son publicadas en este formato. Su surgimiento se debe a la poca libertad de prensa, así como al propósito de educar a la nación políticamente, además de que es una manera de publicar a bajo costo y de llegar a la gente de bajos recursos económicos.

También es importante mencionar que la novela de folletín inicia con la novela por entregas. Se publica en este mismo formato ya sea en los periódicos o por entregas. Y surge de la manifestación de las ideas de libertad y autonomía en folletos y volantes, en los cuales se expresan ideas ya sea a favor o en contra de la Independencia, y están adaptados a un lenguaje para las mayorías.

Y no sólo de la novela por entregas, sino del costumbrismo, las obras de Fernández de Lizardi son un antecedente. *El Periquillo Sarniento* sienta las bases de las novelas costumbristas posteriores junto con *Don Catrín de la Fachenda*, y termina con *Los bandidos de Río Frío* (1891) de Manuel Payno.

En las novelas costumbristas se reflejan “aspectos de la vida social en guerra con estrecheces de toda clase: Hambre, robos, juegos de azar, falta de escrúpulos, y sobre todo la vida de las clases populares”¹⁷. El contexto social, cultural y político en el que viven los autores es el punto de partida para escribir sus obras, tal como lo hace el pensador mexicano. El costumbrismo refleja “la sociedad de su tiempo y puede incluso ser descrito como resultado de incertidumbre política e inestabilidad tanto en España como en Hispanoamérica, a partir de la década de 1820”¹⁸.

En las obras de esta tendencia predominan los espacios urbanos. Las historias cuentan principalmente el origen del personaje, describen su físico, su vestimenta, lo que hace y el lugar donde habita. Y el lenguaje que se ocupa es el coloquial. Sus personajes tienen nombres simbólicos y son tipos con ciertos comportamientos, actitudes y profesiones que cualquiera puede identificar y

¹⁷ Villegas, *op. cit.*, pp. 25-26.

¹⁸ Brian Hamnett, “Imagen, identidad y moralidad en la escritura costumbrista mexicana, 1840-1900”, en *Signos históricos*, vol. 12, núm. 24 (2010).

conocer totalmente en la sociedad, y cuyo principal objeto de deseo es ascender social y económicamente con el mínimo trabajo. Y por ello, posee unas cualidades que permiten educar y moralizar al lector. “Podemos decir que estas novelas nos muestran la sociedad de una centuria, que no varió desde la Colonia a la Revolución Mexicana”¹⁹.

El autor de estas novelas costumbristas tiene el propósito de adoctrinar mediante la señalización de los defectos en sus personajes, –los cuales son inferiormente morales al lector–, para así resaltar a la vez las virtudes que deben imitarse. Todo esto lo plasma haciendo uso de “la anécdota y el humor, el simbolismo y la ironía”²⁰.

Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda es una obra en la que el pensador mexicano, mediante el uso de la ironía y la sátira, se encarga de ridiculizar a los catrines y a todos aquellos que, con sus malas costumbres, apariencias, vanidades, corrupciones, injusticias, egoísmo e hipocresías, sólo causan daño a la sociedad de principios del siglo XIX.

¹⁹ Villegas, *op. cit.*, p. 23.

²⁰ Mendoza, *op. cit.*, p. 39.

2. El vicio cómico de don Catrín y sus personajes

2.1. El vicio cómico

Según Henri Bergson en *La risa*, nos reímos de alguien que va caminando y de pronto cae; no porque ese alguien haya decidido voluntariamente sentarse en el suelo, sino porque se cayó accidentalmente debido a una torpeza o distracción momentánea. “...por un efecto de rigidez o de velocidad adquirida, han seguido los músculos ejecutando el mismo movimiento cuando las circunstancias exigían otro distinto. He ahí por qué ha caído el hombre y por qué se ríen los transeúntes”¹. Toda rigidez, distracción e inadaptación de un individuo causa la risa.

Entonces, lo cómico es lo accidental provocado por la distracción y por un efecto exterior, quedando así en la superficie. Pero, ¿qué pasa cuando ya no es necesario un obstáculo colocado al azar o por malicia, sino que la distracción surge del interior del individuo? Por ejemplo, un individuo que se adapta a circunstancias pasadas o imaginarias en vez de adaptarse a su realidad presente, ¿no trae a cuento a don Catrín de la Fachenda? Este personaje se hace llamar el héroe del siglo XVIII cuando ya ha entrado el XIX, y por eso mismo cree que sólo unos papeles y no las buenas acciones justifican su “nobleza”. Don Catrín mantiene una idea fija que persigue sin importar que en la realidad que habita esa idea no funcione. Si se aplica a Bergson rigurosamente en este personaje, podría afirmarse que hay una inadaptabilidad, una incongruencia entre lo que cree ver y la realidad.

Lo que la rigidez de la idea fija es al espíritu, ¿no lo serán ciertos vicios al carácter? [...] Hay sin duda vicios en los que el alma se hunde profundamente, con toda su fuerza de potencialidad fecunda, llevándolos más intensos, vivificados, a un círculo de eternas transfiguraciones. Esos son los vicios trágicos. Pero el vicio que nos convierte en personajes cómicos es aquel que nos viene de fuera como un marco ya hecho al que hemos de ajustarnos, aquel que nos impone su rigidez en lugar de amoldarse a nuestra flexibilidad.²

¹ Henri Bergson, *La risa* (trad. Amalia Aydeé Raggio), Madrid, Sarpe, 1985, pp.30-31.

² *Ibid.*, pp. 34-35.

Lo anterior explica la diferencia entre el drama y la comedia. Según Bergson, en el drama, los vicios y las pasiones se incorporan de tal manera al alma, que aquellos nombres se olvidan y se piensa sólo en el personaje que los asume. Por tal razón, en los títulos de los dramas se encuentran sólo nombres propios; y en los de comedia, nombres genéricos. En cambio, en la comedia, el personaje está sujeto al vicio, a lo inconsciente, y a descomponerse a sí mismo; en este caso, se piensa más en los vicios y en las pasiones que en el personaje que está sujeto a ellos.

En el caso de *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, desde su título nos da cuenta de uno de los vicios más representativos de nuestro protagonista: la fachenda, vicio que demuestra a lo largo de la historia al utilizar la apariencia y la jactancia como medios para ocultar sus malas acciones, así como para comer u obtener algo de dinero a costa de otros.

Bergson explica que lo cómico es la rigidez, el automatismo y la distracción de un individuo que tiene hacia su realidad, y que la risa de la sociedad es el castigo, el cual tiene un propósito de corregir. No obstante, se guarda de

...tomar esta fórmula por una definición de lo cómico. Dicha fórmula sólo conviene a casos elementales, teóricos, perfectos, en los cuales se presenta lo cómico puro, libre de toda mezcla. Tampoco la damos como explicación. Sólo haremos de ella el *leit motiv* que ha de acompañar todas nuestras explicaciones.³

El personaje con vicios cómicos está sujeto a una constante distracción que lo hace cometer acciones ridículas, no comunes en su realidad, y por ello, es motivo de risas, ¿por qué? La sociedad exige al individuo una rígida adaptación a ella. Cualquier rigidez del cuerpo o del espíritu es señal de una actividad que se aparta de lo comúnmente social. Entonces, la sociedad busca la forma de reprimir y eliminar esa rigidez e inadaptación mediante la risa, la cual es, según Bergson, “una especie de *gesto social*”⁴. La rigidez del individuo es lo cómico, y la risa del resto de la sociedad es su castigo.

En su libro *Análisis del drama*, Claudia Cecilia Alatorre explica algo similar a Bergson. Según la autora, en la comedia se busca defender aquellos valores que

³ *Ibid.*, p. 39.

⁴ *Ibid.*, p. 38.

traen consigo el bienestar social. Esos valores son defendidos por la mayoría, y por ello, cualquier individuo o minoría de la sociedad que se atreva a rebasar los límites permitidos para violar lo establecido, recibe por castigo la ridiculización. Hay un enfrentamiento entre los deseos del personaje vicioso y las reglas colectivas. Catrín ha aprendido “que la necesidad no está sujeta a las leyes comunes”⁵. He ahí la razón por la que se rige por aquello que satisface sus placeres y no por lo que le haría ser un miembro útil en su comunidad. El individuo que se aparta del resto de la sociedad está expuesto a ser ridiculizado y castigado con la risa.

Esta risa que consiste en castigar a quien no se adapta a las normas sociales es característica de la época moderna. Mijaíl Bajtín, en su libro *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, habla de la risa en aquellas épocas, la cual era una risa no satírica, irónica y negativa como lo fue sobre todo en el siglo XIX (donde el autor y el lector se oponen al objeto aludido), sino una en la que los burladores también recibían el escarnecimiento. Era una risa positiva y regeneradora para todos.

Además, todo aquello con lo que se buscaba causar temor y que fue considerado inferior en épocas posteriores, (como lo material y lo corporal, que consistía en satisfacer las necesidades naturales como el comer, beber, el coito, etc.,) en la Edad Media y en el Renacimiento era más bien visto como algo regenerador:

...entrar en comunión con la tierra concebida como un principio de absorción y *al mismo tiempo* de nacimiento: al degradar, se amortaja y se siembra a la vez, se mata y se da luz a algo superior. Degradar significa entrar en comunión con la parte inferior del cuerpo.⁶

Esto explica que Fernández de Lizardi, a inicios del siglo XIX, buscara tanto castigar a aquellos miembros aislados de la sociedad que se guiaban por los vicios (por lo inferior), como asustar a los lectores para que no siguieran los pasos de los catrines,

⁵ José Joaquín Fernández de Lizardi, *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, México, Penguin clásicos, 2019, p. 121. (En adelante remitiré el número de página en el cuerpo del texto).

⁶ Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (versión de Julio Forcart y César Conroy), Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 19.

currutacos, petimetres y pillos. De estas figuras y de la sociedad en general se inspiró el autor para construir a su personaje principal: Catrín, un personaje que por inclinarse a una vida inferior de placeres y libertinaje, sufre una constante degradación que lo hace vivir en la miseria y en la desgracia, y le hace morir en la intranquilidad y en la desesperación. Al final, no hay regeneración en el personaje, se le escarnece, se le castiga por sus vicios; y el autor, e incluso el lector, se le oponen, sintiéndose de alguna manera superior a aquél. El autor, sin necesidad de usar un discurso satírico en todo momento, provoca desdén por el protagonista y sus acciones. Él mismo se condena en su discurso irónico.

A nuestro personaje se le define de la siguiente manera en la obra: “el catrín es una paradoja indefinible, porque es caballero sin honor, rico sin renta, pobre sin hambre, enamorado sin dama, valiente sin enemigo, sabio sin libros, cristiano sin religión y tuno a toda prueba” (100). Pareciera que Catrín vive en una realidad diferente a la de su sociedad. Por ejemplo, cuando relata la historia sobre su infancia, dice que tanto compañeros como maestros lo envidian por su erudición, pero el lector podrá darse cuenta de que solamente es objeto de risas por ser todo lo contrario a un erudito. No lo envidian (como el mismo Catrín lo cuenta), se burlan de él: “Aquéllos reían siempre que yo construía un verso de Virgilio o de Horacio, y éstos se rebanaban las tripas de envidia al oírme hacer régimen de una oración, porque yo les hacía ver a cada paso lo limitado de sus talentos y lo excesivo del mío” (40).

Si se encaja al protagonista dentro de la definición de personaje cómico que es inconsciente de sus vicios y de sí mismo, se puede afirmar que al elogiarse continuamente don Catrín se ridiculiza y se condena sin darse cuenta. Sin embargo, Catrín sí está consciente de lo que hace y dice, él expresa sin vergüenza sus malandanzas a todos mientras que a la vez se llena de elogios por sus “ingeniadas”. No es un personaje ingenuo o tonto, sino uno que engaña intencionalmente.

Respecto a la ridiculización, nos referimos aquí a la que utiliza la sátira con el fin de corregir conductas inmorales en la sociedad; y con ridículo, a aquello que se escapa de lo “normal”, de lo generalmente “aceptado” por la sociedad, que es raro o extravagante, y que por ende se busca cambiar, (tal como también se ha visto

respecto a lo cómico). En el apartado 3.2 Ironía y sátira se desarrollará más a fondo este tema.

Otra de las características de los personajes con vicios cómicos es que están conformados de aspectos generales. Todo lo mecánico que pueda hallarse en el individuo es motivo para imitarse y que otros también lo imiten. La comedia representa personajes que ya se habían visto antes, y estos personajes tienen aspectos generales y semejantes entre sí y, por lo tanto, representan tipos. Catrín es un personaje ya conocido por el lector, sacado de la sociedad de su época. En el prólogo de la edición de Penguin clásicos (2019) Esther Martínez Luna dice lo siguiente: “Catrín no tendrá un nombre propio sino representará una generalidad, un ser común y corriente que no tiene individualidad alguna respecto de otros”⁷. En este caso, el autor cómico se queda en las generalidades, en la envoltura de las personas, donde muchas se asemejan entre ellas.

Pero el poeta cómico, al construir a su protagonista, idea a otros personajes que compartan características con aquél. En la obra hay muchos personajes similares a Catrín, como Tarabilla, Tremendo, Simplicio y Precioso, nombres impropios que representan y comparten vicios con Catrín. Sin embargo, también están Modesto, Justo, Prudencio y Sagaz, personajes que representan y comparten lo contrario: las virtudes. (En el apartado 2.3 Catrín, entre el vicio y la virtud, el lector podrá tener más detalles sobre lo ya mencionado).

Al igual que los personajes tipos, dentro de la sociedad existen pequeñas comunidades conformadas por individuos con las mismas profesiones y oficios. Aquéllas proceden de la sociedad, pero un excesivo aislamiento las hace una amenaza para esta misma. En estas comunidades, “cuanto más se discute un arte más tienden los que lo practican a creerse investidos de un sacerdocio y a exigir que los profanos se inclinen ante sus misterios”⁸; tal como sucede con la comunidad de catrines, quienes enaltecen sus crímenes y actitudes egoístas ante los demás mediante palabrerías y apariencias.

⁷ Luna, *op. cit.*, p. 25.

⁸ Bergson, *op. cit.*, p. 156.

No obstante, los catrines no son realmente una comunidad. Se aprovechan de quien sea que les convenga y desprecian a quien no tiene nada de provecho que ofrecerles: “Apenas me quedé en el aire, sin ser letrado, militar, comerciante, labrador, artesano ni cosa que lo valiera, sino un paisano mondo y lirondo, cuando me volvieron la espalda mis antiguos camaradas los oficiales” (81). Véase la hipocresía de esta comunidad que rechaza a Catrín cuando ya no puede mantener la buena y falsa imagen ante el resto de la sociedad. Tarabilla lo echa de su casa para que la gente no piense que es como él, y Tremendo le da la espalda cuando le promete antes una amistad eterna.

Otra característica del personaje que representa un vicio cómico es que no cambia en ninguna situación, sea cual sea ésta, en él abunda la necesidad. Aunque podría tratar de modificarse a sí mismo al advertirla, siempre será encubriéndola y, por lo tanto, no cambiando su vicio. Don Catrín siempre trata de parecer un hombre de bien a pesar de las malas acciones que comete, y estas acciones las encubre como buenas. “Mas no penséis que la fortuna se me mostraba alegre por sola su bondad o su inconstancia, sino porque yo hacía mis diligencias tan activas y honestas como la que os voy a referir” (124), y con esas “diligencias honestas” se refiere a que se aprovecha de una mujer a la que le hace creer que le comprará un hilo de ochenta pesos, lo cual no le es difícil debido a su apariencia y a su forma de hablar que da confianza a quien lo ve y lo escucha. “¿Y esto no prueba un talento desmedido, una conducta arreglada y un mérito sobresaliente? Que respondan los catrines y los pillos” (124).

Como he dicho, el personaje regido por el vicio cómico no cambia, se mantiene igual ante cualquier situación, aunque ésta sea una oportunidad para sensibilizarse. Hay ocasiones en las que Catrín podría dejar de ser un personaje tan indiferente, interesado e hipócrita, pero no pasa nunca porque se niega a dejar su papel de catrín. Por ejemplo, la muerte de sus padres podría haber mostrado a un Catrín desecho por la pérdida de aquéllos, pero no, se expresa de la siguiente manera: “Increíble es el gusto que yo tuve el verme libre de ese par de viejos regañones, que aunque es verdad que me querían mucho y jamás se oponían mis ideas, sin embargo no sé qué contrapeso me hacían con su encierro y caras

arrugadas” (74). En el texto de Bergson se dice lo siguiente sobre el personaje de Tartufo de Moliere:

Tan compenetrado está con su papel de hipócrita, que, por decirlo así, lo representa sinceramente. Esto y sólo esto es lo que lo hace cómico. Sin esta sinceridad material, sin las actitudes y las palabras, que han llegado a ser sus gestos naturales por una larga práctica de la hipocresía, Tartufo sería sencillamente odioso, pues sólo atenderíamos a lo que hay de premeditado en su conducta.⁹

Como se puede inferir, Catrín, al igual que aquél, es tan hipócrita que no le importa representar ese papel fiel y sinceramente. Sin embargo, difiriendo de la cita anterior respecto a Tartufo, tanto éste como Catrín sí que resultan odiosos, despreciables y repugnantes por lo premeditado en su conducta. En el caso de Catrín, él mismo admite en muchas ocasiones que se aprovecha de los demás y que usa la fachada y las palabras aduladoras para ello. Él mismo narra las conductas reprochables que a su manera trata de disfrazar como ingeniosas y dignas de imitar.

Nuestro protagonista censura las acciones a las cuales incurre siempre, pero no cuando él las hace. Esto se ve cuando, al estar en plena miseria, un amigo suyo se apiada de él, le ayuda y lo contrata como su gurupíe, pero Catrín le paga ese favor robándole. El amigo se entera y aquél todavía se queja de que lo despoje de sus cosas, le quiebre un bastón en las costillas, lo eche a la calle sin ropa, y de que lo trate como un villano que cometió un delito en hacer su necesaria diligencia.

Cesa uno de adaptarse y readaptarse a la sociedad. Se reposa de la atención que se debe a la vida. Se asemeja uno a un distraído. Esta distracción es más de la voluntad que de la inteligencia, pero distracción al fin, y por tanto, pereza. Se rompe con las conveniencias como antes se había roto con la lógica, y se cree uno entregado a un juego. Aquí también nuestro primer impulso es aceptar la invitación a la pereza. Nos asociamos al juego, y así reposamos de la fatiga de vivir.¹⁰

⁹ *Ibid.*, p. 132.

¹⁰ *Ibid.*, p. 168.

¿No se entrega Catrín a este juego, a la pereza de vivir y de aportar algo a la sociedad? Se entrega sin vergüenza al libertinaje, sin seguir las reglas y costumbres comunes. Pero cabe aclarar que lo hace sólo por pereza y no por distracción o ingenuidad, pues Catrín es un egoísta que se niega al trabajo y a formar parte de la sociedad por la única razón de llevar una vida fácil, sin preocupaciones, y llena de placeres e inmoralidad. El regirse por las buenas costumbres, el adaptarse y aportar algo a los demás conlleva reprimir sus deseos y, por lo tanto, a llevar una vida difícil, con complicaciones y sacrificios.

2.2. Don Catrín y su sociedad

La historia está escrita a modo de autobiografía, por lo que Catrín dice ser “su único, su eruditísimo autor” (36). Es un personaje de treinta o treinta y un años que pudo haber nacido entre el año 1790 o 1791, y que se hace llamar el héroe y prodigio del ya pasado siglo XVIII. De padres pobres, dice, pero no miserables. De origen noble, pero no reconocido, y de abuelos que fueron conquistadores, como tanto presume al lector en su historia, pero que es a la vez un hijo bastardo y con título comprado. Su objetivo es proponer su vida como modelo y acrecentar el número de catrines.

La obra se divide en quince capítulos, en catorce de ellos Catrín cuenta la historia de su vida, y en el último narra sobre su muerte un practicante, don Cándido. Don Catrín nos relata en primera persona desde sus primeros años hasta sus últimos momentos antes de su muerte, tiempo durante el cual se dedica a narrar sus malandanzas disfrazadas de conductas honorables, las cuales lleva a cabo siempre en un contexto urbano en una “opulenta y populosa ciudad” (36). Vive dentro de una sociedad mayormente regida por la apariencias, las palabras y los tratos almibarados, lo cual le permite comportarse como lo hace toda su vida.

Según Jakob Tanner Romine, en la tesis *Nacionalismo, ironía y desilusión en la obra narrativa de José Joaquín Fernández de Lizardi*, debido a la situación sociopolítica inestable de México y la desilusión ante la falta de una clara dirección del país, su pueblo carece pronto de moral. Ya no importa qué camino de vida se tome si de cualquier manera la situación no cambiará. Así, se deja entrever la carencia de la moral al elegir medios deshonestos con tal de sobrevivir.

Debido a esto y al surgimiento de una responsabilidad social, la de dar identidad al país y de llevarlo a su progreso, Fernández de Lizardi busca reformar a la sociedad mediante sus escritos satíricos y moralizadores. Su objetivo principal es educar, y para hacerlo cree que los libros pueden cambiar el comportamiento de los hombres. En *Don Catrín de la Fachenda* no sólo ridiculiza a los catrines, sino también a una sociedad donde parece predominar la indiferencia y la apariencia, y donde ni la moral ni la empatía tienen lugar. De esta sociedad indiferente se queja don Catrín cuando, después de reñir con el marido de una mujer con la que anda en una aventura amorosa, el hombre le da una cuchillada en el muslo y nadie acude a ayudarlo a él ni a la mujer que maltrata aquél:

A mis gritos acudió la gente... ¡qué gente tan despiadada es la de México!... ¿Sí será así la de todo el mundo? Se juntaron muchos a la curiosidad; nos vieron reñir, y nadie trató de apaciguarnos; me hirió mi enemigo; arrastró y maltrató a su mujer, y nadie se lo impidió; se la llevó donde quiso y ninguno lo siguió; quedé yo desangrándome, todos me veían y decían: “¡pobrecito!”, pero ni llevaban el confesor ni el médico, ni había uno siquiera que me contuviera la sangre. (127-128)

En la sociedad y en Catrín se ve la falta de sentido de comunidad. Todos son unos egoístas y la indiferencia gobierna ante situaciones que requieren empatía hacia el otro:

Lizardi describe un ambiente de gente “despiadada” en México, esto es, la indiferencia de los egoístas y de los católicos hipócritas, sin un asomo de piedad cristiana. Pueden ver a un hombre casi matar a otro, maltratar a una mujer y mantenerse impasibles ante la sangre y las quejas de un herido. Y, si ante estos acontecimientos, la gente es indiferente, qué será ante otros como la prostitución, la pobreza, la injusticia, y la desgracia en general, y ¿cuál podría ser su reacción frente a los trascendentales sucesos históricos de aquella etapa? Nada les importa un herido, todos son indiferentes a menos que sea su propia sangre la que se escapa.¹¹

Ahora, respecto al término y estereotipo de catrín, según Jorge Alberto Trujillo Bretón en su artículo “La sociedad del buen tono”, surge en el siglo XIX y en la actualidad se mantiene para hacer referencia a las personas que visten

¹¹ Ozuna, *op. cit.*, p. 75.

ostentosamente. La palabra alude a la juventud aristócrata que arma escándalos y comete delitos, y que, sin embargo, son tolerados por los de su misma élite siempre que esas desagradables acciones sean de “buen tono”.

Para pertenecer al círculo del “buen tono” o “alta sociedad” debían valerse los interesados de la hipocresía como vicio principal, secundados de otros que fortalecían al primero: “los modales insinuantes, las frases almibaradas, el lujo y las delicadas atenciones”.¹²

El término también alude a aquella juventud que no trabaja, que se jacta de poseer títulos nobiliarios y grandes riquezas a pesar de encontrarse en plena pobreza, no sólo económica, sino también moral. Tienen una actitud libertina e inmoral, así como también se consideran de espíritu fuerte, por lo que no respetan ni creen en la existencia de Dios debido a su pensamiento ilustrado.

En Guadalajara, al nombre de “catrín” se le asoció con la juventud por su origen aristócrata y su peculiar forma de vestir; mas tampoco dejó de involucrarse en escándalos y aun en delitos mayores que atrajeron, en 1882, la atención de la opinión pública: Una gavilla de catrines.— Los vecinos de la Capilla de Jesús me escriben, diciéndome que nomás están con el Jesús en la boca; pues una ronda de catrines, perfectamente armados, merodean por ese rumbo intentando hacer de las suyas pelando al prójimo. Mucho ojo Sr. Ibarra y León, mande algunos de sus achichincles y póngame en la cárcel a esos aristócratas bandidos.¹³

Cabe destacar también que en la sociedad la distinción entre las clases sociales no es clara, aquello que usan solamente los nobles, de pronto puede ser usado por cualquier persona que tenga dinero.

Se estaba gestando la simulación de los signos de prestigio. Si fueron los ricos o pequeños burgueses quienes compraron títulos nobiliarios, después la división entre ricos y pobres tampoco fue clara: hubo los capaces de usar los mismos signos sin que les pertenecieran.¹⁴

¹² Jorge Alberto Trujillo Bretón, “La sociedad del buen tono”, en *Grafyilia*, vol. 6 (2008), p. 156.

¹³ *Ibid.*, p. 154

¹⁴ Ozuna, *op. cit.*, p. 115.

Esto demuestra que la sociedad se guía por las apariencias y lo material, y en la obra Lizardi lo retrata muy bien: su protagonista sabe de la importancia del dinero y la apariencia. “Nada se dificulta conseguir, en habiendo monedas y nobleza, yo lo vi conmigo palpablemente” (53). Debido a los juegos tiene dinero para vestirse decentemente, la gente lo trata bien y hasta le dan la mejor mesa por pensar que tiene mucho que perder, aunque él sabe que no tiene nada.

Por tal razón, don Catrín no tiene problema para simular que es noble, así como tampoco para ser un pillo o mendigo. Se adapta al traje con tal de ser beneficiado por los otros. Durante la obra, Catrín se adapta a varios de ellos: al traje de bachiller, de catrín, cristiano, noble, militar, ebrio, hermano, jugador, mite, ladrón, mendigo, rico, entre otros.

Y esto sólo demuestra que no sólo se define como un simple hipócrita y egoísta, sino como un simulador que siempre lleva puesta una máscara, es decir, que interpreta un personaje dependiendo de la situación a la que se enfrenta para salir beneficioso de ella. “Catrín se empeña en parecer, no en ser: está manchado con esta tendencia que, sin embargo, no logra enderezar. Don Catrín no usa una máscara, sino que se ha creído la máscara misma: ha llegado a ser mera simulación”¹⁵.

Este simular ser lo que no es y crearse una ilusión en la que se interpreta el papel que le conviene, ¿no coincide mucho con lo que hablan Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* y Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México* sobre la identidad del mexicano, un siglo después de la obra de Fernández de Lizardi? La forma de ser de los catrines se refleja en lo que definen sobre la mexicanidad ambos autores.

A continuación, se compararán las definiciones sobre la simulación y la identidad del mexicano con el único fin de analizar a don Catrín. Ampliar la perspectiva sobre este personaje y verlo como una posible figura representante de la identidad nacional puede resultar sumamente interesante. Sin embargo, se necesitaría de un estudio aún más profundo y no sólo literario para proponer tal

¹⁵ *Ibid.*, p. 116.

hipótesis. Por ahora, nos limitaremos a aplicar esos conceptos sólo en el personaje literario y su semejanza con la sociedad de la obra.

Según Octavio Paz, el mexicano, al ser un individuo que se encierra celoso de su intimidad, recurre a la máscara y a la simulación con el fin de ocultarse y aparentar.

La simulación es una actividad parecida a la de los actores y puede expresarse en tantas formas como personajes fingimos. Pero el actor, si lo es de veras, se entrega a su personaje y lo encarna plenamente, aunque después, terminada la representación, lo abandone como su piel la serpiente. El simulador jamás se entrega y se olvida de sí, pues dejaría de simular si se fundiera con su imagen. Al mismo tiempo, esa ficción se convierte en una parte inseparable —y espuria— de su ser: está condenado a representar toda su vida, porque entre su personaje y él se ha establecido una complicidad que nada puede romper, excepto la muerte o el sacrificio. La mentira se instala en su ser y se convierte en el fondo último de su personalidad.¹⁶

Lo anterior se ve en Catrín. Este personaje continuamente cambia de papel para adaptarse a lo que le conviene. No se funde con sus máscaras porque se olvidaría de sí, pero tampoco puede dejarlas. Nunca deja de simular, no se puede deshacer de ello incluso ante la muerte. Se mantiene firme en ser un catrín y en decir mentiras constantemente. Como ya se dijo en el apartado anterior, al igual que Tartufo, su papel de hipócrita lo representa fielmente.

Continuado con Octavio Paz, el mexicano, por el mismo hecho de encerrarse, evita a toda costa la realidad y busca estar lejos de los demás. Samuel Ramos dice algo similar, que el mexicano es un individuo inadaptado tanto de su época como de sí mismo.

El individuo afectado por el complejo de inferioridad es un inadaptado a su mundo, porque existe una inadaptación dentro de sí mismo, un desajuste de sus funciones psíquicas que desequilibran la conciencia. Es por lo general un individuo cuyas

¹⁶ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (2.^a ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 46.

ambiciones son desproporcionadas a sus capacidades; hay un déficit del poder respecto al querer.¹⁷

En el caso de Catrín, aunque es un inadaptado de su realidad al aferrarse al pasado siglo XVIII e insistir en que su nobleza debe seguir valorándose, es también a la vez un individuo que se adapta a los demás. Es un hombre de situación, se adapta y depende de otros para comer y vestirse decentemente, y sin embargo, todas las relaciones establecidas entre Catrín y sus colegas quedan en la superficie. Los catrines son aparentemente una comunidad, una conformada solamente por sus vicios compartidos. Entre ellos se necesitan sólo para afirmar la imagen que de ellos mismos se crean, y la sociedad regida por la apariencia ayuda a don Catrín a mantener esa ilusión. Esto mismo dice Samuel Ramos sobre el mexicano:

La empresa de construir la propia imagen conforme a un deseo de superioridad, demanda una atención y un cuidado constante de uno mismo. [...] Considera los hombres y las cosas como espejos, pero sólo toma en cuenta aquellos que le hacen ver la imagen que a él le gusta que reflejen. Es indispensable que otros hombres crean en esta imagen, para robustecer él su propia fe en ella. Así que su obra de fantasía se realiza con la complicidad social.¹⁸

Catrín es siempre un interesado que se aprovecha de otros personajes, así como tampoco muestra algún cariño o sentimiento por alguien si por ello no saldrá más adelante beneficiado. Esto deja en claro que es un egoísta sin sentido de comunidad. Aunque en todo momento esté con otros colegas iguales que él, siempre está solo. La amistad eterna que se prometen entre ellos se hace efímera cuando el otro los puede perjudicar en mantener su simulación.

...se aleja de todos y al final todos se alejan de él, porque él fue su único prójimo. El Otro es un medio para nuestro personaje, él se erige como su propio fin. Pero el amor desmedido que tiene hacia su persona está basado en procurarse una apariencia, en mantener la simulación. No se ama para alimentarse bien, ni para

¹⁷ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Colección austral, 2019, p. 113.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 63-64.

vivir bien, más de una vez recibe golpes y sufre hambre, frío y desprecios: el amor egoísta es también un amor aparente.¹⁹

En el protagonista hay una diferencia entre lo que desea y lo que puede hacer. Esto lo lleva a crearse una ficción y pretender ser alguien que claramente no es. Hay una ironía²⁰ en “las aspiraciones de don Catrín y el resultado de sus acciones”²¹.

Según Samuel Ramos, en su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, existe un sentimiento de inferioridad en el mexicano, el cual se debe al desajuste que hay entre lo que desea hacer (sus ambiciones) y lo que puede hacer (sus capacidades), por lo que también surge una desconfianza e inseguridad en sí mismo. Y para ocultar esos sentimientos que le hacen ver débil frente a otros, se coloca una fachada para simular ser lo que no es. Este ocultamiento se da a través de la continua demostración de una aparente fuerza, valentía y poderío, para así sentirse superior al resto y hasta creerse la máscara que se ha colocado.

Lo dicho está relacionado con las insistentes declaraciones por parte de don Catrín sobre su noble cuna de nacimiento. Aunque es un personaje que no pertenece a los estratos sociales más altos, se cree noble, rico y una persona de buen ejemplo. En ningún momento opta por el cambio, se queda con su fachada de catrín porque quiere creérsela. Y como la identidad del mexicano, este personaje se ve inmerso en su ficción para ocultar su dura realidad.

Sin embargo, difiriendo un poco de lo anterior, don Catrín no solamente busca creerse ese papel “ideal” en el que es rico y noble, pues cuando ya no tiene la imagen y los recursos para seguir manteniéndolo, busca otros que le permitan seguir rigiéndose por la pereza. Encuentra comodidad en aquéllos que le hacen ganar dinero fácilmente, aunque eso conlleve efímeras felicidades y largas malas experiencias, tal como el papel de mendigo que interpreta al final. He ahí la razón de que nunca existe un cambio en el personaje a pesar de los diferentes trajes que

¹⁹ Ozuna, *op. cit.*, p. 127.

²⁰ En el capítulo III de este trabajo el lector podrá encontrar información sobre la ironía.

²¹ Raúl Marrero Fente, “Don Catrín de la Fachenda: La ironía como expresión de una normativa vacilante”, en *Acta literaria*, núm. 28 (2003), pp. 107-121.

usa a lo largo de su vida. La necedad, el orgullo y la vanidad se mantienen en él sin importar que esté pidiendo limosna o cumpliendo su condena en la cárcel.

Como el autoengaño consiste en creer que ya se es lo que se quisiera ser, en cuanto el mexicano queda satisfecho de su imagen, abandona el esfuerzo en pro de su mejoramiento efectivo. Es pues, un hombre que pasa a través de los años sin experimentar ningún cambio.²²

En el prólogo de la edición de Penguin clásicos publicada en 2019, Esther Martínez Luna dice lo siguiente:

[En un] mundo de apariencias enarboladas [el catrín es] un hombre que quiere ser lo que no es, un hombre camaleónico que se va adaptado a las circunstancias según las necesidades que tiene para sobrevivir.

La facha, es decir, la apariencia, es lo que define su relación con el mundo porque “como te ven te tratan”. En su vestir, el catrín imita la moda francesa e intenta ser elegante, aunque en realidad su traje esté lleno de remiendos, sea prestado y tenga los bolsillos, al igual que su estómago, vacíos. (22)

Debido a la preocupación por sus apariencias, los catrines son también hombres a la moda, para lo cual tienen que cumplir con una serie de requisitos que enumera Trujillo Bretón y que coinciden con el decálogo de Maquiavelo mencionado en *Don Catrín de la Fachenda* de Lizardi.

1° Decir con soltura y desparpajo unas cuantas frivolidades de constitución y hablar de todo; aunque no nos entendamos ni a nosotros mismos. 2° Tener bastante habilidad para halagar la vanidad de los otros sin que conozcan que nos está sirviendo de pedestal para levantar la nuestra. 3° Cuidado minucioso en el vestido, sin dejar comprender que nos ocupamos de tales futilidades. 4° Poseer una buena renta, aunque tengamos más duros que ideas, y llevar el bolsillo siempre abierto o por lo menos hacer creer que lo llevamos, 5° Un talento desenvuelto y amable, conservando, no obstante, cierto fondo de gravedad que es de muy buen gusto. 6° Afectar una franqueza y una sencillez, que sean bastante hipócritas para aparecer como naturales. 7° Finalmente, hacer creer, que en nuestra historia contamos por lo

²² Ramos, *op. cit.*, p. 64.

menos una docena de mujeres deshonradas, cuatro o cinco maridos burlados y, algunos amigos muertos a duelo.²³

La lista anterior demuestra la hipocresía y la simulación de la sociedad del siglo XIX, que se guía por la vestimenta y las palabras aduladoras con el fin de mantener la vanidad, el poder y el orgullo ante los demás; de servirse de sus semejantes solamente para superarlos y de aparentar riqueza aunque no se la tenga.

Continuando con el personaje, la razón de ser de don Catrín es porque se educa en un ambiente sin reglas donde sus padres le consienten absolutamente todo. Este hecho muestra que nunca tiene que esforzarse para conseguir lo que desea. Califica a sus padres de amorosos y prudentes con él (como cuando se enoja con los criados, a quienes trae a sus pies), y según su juicio, así deben ser los padres para que los hijos sepan honrarles su memoria. Sin embargo, más adelante, cuando mueren aquéllos, Catrín cambia repentinamente de pensamiento, pues se alegra de la muerte de sus padres, y con ello, sólo demuestra que aquéllos le dan una mala crianza.

A diferencia de cómo ve a sus padres en su infancia, a su tío el cura lo considera un impertinente. Le disgustan sus sermones y sus padres son los que se encargan de serenarle y consentirle. Y según él, los segundos le aman más que el tío, por ser éste quien le dice lo que no le gusta, ya que, como se puede ver durante toda la historia, Catrín sólo acepta y enaltece las opiniones que le sugieren mantener una vida despreocupada.

Asiste a varias escuelas debido a su mala conducta: se lleva mal con sus compañeros, riñe con los profesores, falta casi todos los días de la semana y sólo juega cuando sí va. No obstante, Catrín alardea de su inteligencia, de su habilidad para aprender y de la aprobación que tiene por parte de sus catedráticos y compañeros. Sin embargo, a pesar de ser “tan inteligente”, también piensa que el conocimiento es inútil, ya que no le sirve en nada para asumir fielmente su profesión de catrín, además de que es indecente para un noble ser tan educado.

²³ Trujillo, *op. cit.*, p. 156.

Y si acaso Catrín se enaltece siempre, es importante mencionar que admite que antes (en su infancia) era humilde, es decir, está consciente de lo que la palabra significa y demuestra su perspectiva sobre su cambio; eso sí, a su manera, pues con eso deja en claro que desde su infancia ha sido un perezoso: “yo en ese tiempo era más humilde, o tenía menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni en vanidades, sino en jugar todo el día, en divertirme y pasarme buena vida” (39).

Al ser un joven, se enfrenta a la elección de a qué profesión va a dedicarse durante el resto de su vida. Y debido a su crianza, donde todo se le concede sin que haga el menor esfuerzo, se niega a ciertos oficios por ser indecentes a su nobleza; y al de las letras, por ser tan pesada y tener que vivir con la envidia de los maestros por su gran instrucción en el estudio, tanta que hasta podría discutir con el mismísimo Salomón. Así que Catrín busca una carrera que le “proporcione dinero, honor y poco trabajo” (51), imponiendo así la ley del menor esfuerzo en su vida.

2.3. Catrín, entre el vicio y la virtud

En la obra existen dos grupos de personajes que profesan y aconsejan a don Catrín cosas contrarias. Los personajes similares a éste son los que comparten con él sus vicios, tal como Tarabilla, Tremendo y Precioso. En cambio, los personajes opuestos son aquellos que poseen virtudes, como su tío el cura, Modesto y Cándido. Todos estos personajes, con sus consejos, hacen reflexionar y cambiar de pensamiento a don Catrín en algunas ocasiones. Por ello, se analizarán a ambos tipos de personajes en un mismo apartado, para demostrar así cómo se enfrenta el protagonista a esas contrariedades y cómo se va constituyendo en relación con los demás.

Don Catrín se ve entre consejos virtuosos y maliciosos, pero mucho más en estos últimos. Más que guiarse por las virtudes, decide inclinarse por los vicios, porque éstos no le exigen esfuerzo alguno para cumplir con las normas de la sociedad. Y esto es precisamente lo que busca nuestro protagonista: seguir la ley del menor esfuerzo en su vida, lo cual le provoca placeres instantáneos, pero también muchos más infortunios. Sólo se guía por vicios que lo llevan a más vicios

y, por lo tanto, a más desgracias. Soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza son los vicios²⁴ capitales que comete.

Ira y soberbia: es un iracundo cuando alguien ofende su profesión de catrín, y, por lo tanto, también es un soberbio (más adelante se verá la disputa que tiene con un clérigo y un viejo). Gula y pereza: una de las razones por las que muere es por la gula, vicio que lo lleva aún más a la pereza, pues con tanta comida y daño al cuerpo, a éste se le dificulta realizar trabajos; además de que Catrín, desde joven, se rige por la ley del menor esfuerzo. Envidia: siente envidia cuando otros están en mejor situación que él: “continué algún tiempo pasando unas cirujías intolerables y envidiando a otros compañeros y parientes que la pasaban mejor que yo” (101). Lujuria: la comete en varias ocasiones con una mujer casada, con Laura, con las cómicas, etcétera. Avaricia: es un avaricioso en el sentido de que tiene un deseo desmedido en conseguir siempre los accesorios necesarios para presentarse como alguien decente ante los demás, y no le importa el medio por el cual lo consiga, pues hasta llega a robar y a aprovecharse de otros (le roba un hilo de ochenta pesos a una mujer, a un amigo que lo contrata como su gurupí, etcétera).

Los vicios anteriores los comparte don Catrín con sus amigos: Precioso, Tarabilla, Tremendo, Laura, Marcela, la vieja alcahueta, Simplicio y Tronera, cuyos nombres, en sus significados, refieren vicios. Por ejemplo, Tronera: “Persona que lleva una vida contraria a toda moral y que busca satisfacer sus deseos sexuales”²⁵. Precioso: “Excelente, exquisito, primoroso y digno de estimación y aprecio”, (esto puede relacionarse con Catrín en el sentido de que es un vanidoso que busca mantener una imagen pulcra y exquisita). Tarabilla: “Persona que habla mucho, de prisa y sin orden ni concierto”.

Y lo mismo pasa con los personajes opuestos. El cura, el viejo, Cándido, Modesto, Constante, Prudencio, Sagaz, Justo y Moderato son quienes se guían por las virtudes. La humildad, generosidad, castidad, paciencia, templanza, caridad y

²⁴ Este término está estrechamente ligado con los pecados capitales, sin embargo, su diferencia radica en que los vicios son un hábito y se cometen repetidamente; y los pecados, pocas y aisladas veces.

²⁵ Real Academia Española: *Diccionario de la lengua Española*, 23.a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [13 de enero, 2024]. (Todos los significados de este apartado tienen como fuente el diccionario de la RAE).

diligencia se reflejan en el significado de sus nombres. Cándido: “Ingenuo, que no tiene malicia ni doblez”. Modesto: “Humilde o carente de vanidad”. Sagaz: “Astuto y prudente, que prevé y previene las cosas”. Justo: “Que obra según justicia y razón”.

2.3.1. Personajes viciosos

- Padres de don Catrín

En el primer capítulo de la obra, ellos son quienes provocan el origen de los vicios de su hijo al darle una mala crianza. Lo consienten, le dan todo lo que quiere sin esfuerzo alguno, no le niegan nada, todo se le alaba y con ello lo hacen perezoso, soberbio, caprichoso, peleonero, vengativo, travieso, etc. Y lo más importante, lo crían de tal manera que le hacen creer que puede hacer lo que le dé la gana.

Sus padres son quienes determinan desde su infancia cómo pasa toda su vida, razón por la que, ya de joven, jamás hace caso a los consejos de los personajes virtuosos. Por ejemplo, cuando el cura le sugiere al joven seguir el estudio de las letras, y éste le comunica a su padre que no quiere, el señor sólo se limita a decirle al cura que su hijo no quiere estudiar, no le da importancia. Claramente don Catrín repite en su adultez la vida que se da en su niñez: una vida sin trabajos, pero sí con comodidades y satisfacción de caprichos, sin importar los medios por los cuales lo consiga.

Sumémosle que, como los hijos imitan lo que hacen los padres, don Catrín también es como ellos, pues nunca le importa mentir, o, mejor dicho, ser fingidor ni deshonestar a otros. Por ejemplo, el padre acepta hijos que no son suyos sólo porque vienen acompañados de tres mil pesos, y acepta a una mujer deshonrada, madre de Catrín, quien realiza su papel de madre consentidora (más adelante, al final de este apartado, encontrará un análisis de este personaje).

- Precioso

Aparece en el capítulo II, y es un personaje que encaja con Catrín por su forma de ser. Los vicios de Precioso son la vanidad, el egoísmo y la pereza, pero sobre todo la primera. Éste y el protagonista comparten el ser vanidosos (por tratar de mantener una imagen exquisita y decente), habladores (por ocultar lo que realmente son

mediante palabras), egoístas y perezosos (por sólo importarles ser militares para su propio beneficio y no para servir a la sociedad). Mantienen una imagen falsa ante los demás para ocultar su nula erudición y malas costumbres, pues es Precioso quien le recomienda a Catrín ser militar, por ser ésta una profesión muy fácil en la que “se trabaja poco y se pasea mucho” (51). Don Catrín, al inclinarse por la vida fácil y libertina, escoge esta carrera, determinando así cómo vive su juventud y los tantos infortunios y placeres que tal vida le hace experimentar.

Ante el consejo de Precioso, aquél trata de esconder su cobardía mediante la excusa de que no podría derramar sangre de sus semejantes, de que no está acostumbrado a los pleitos y que es muy sensible para esas cosas. Sin embargo, a pesar de su cobardía, se inclina a ser militar: primero, porque uno de sus objetivos es hacer el menor esfuerzo; y segundo, porque ningún otro trabajo es “digno de su nobleza”.

- Tremendo

Este personaje comparte diversos vicios con don Catrín: como el ser soberbio, iracundo, arrogante, cobarde y orgulloso. Estas características se ven sobre todo en la disputa que tiene tanto con Modesto como con aquél (el análisis de combate lo podrá encontrar en el apartado 2.3.2. Personajes virtuosos). Y es uno de los personajes que determina con sus consejos la vida libertina que llevará nuestro protagonista durante toda su vida.

Tremendo se caracteriza sobre todo por la ira: “dos veces ciego con la cólera y con el alcohol, se enfureció terriblemente y comenzó a tirar tajos y reveses al montón que Dios crió; pero tantos, tan seguidos y sin orden, que a todos nos puso en cuidado aquel maldito loco” (62). Es un valiente en las palabras, pero muy cobarde en sus acciones: se muestra valiente al inicio, pero al ver al otro envalentado se acobarda, tal como pasa en el duelo con don Catrín. Véase lo valiente, orgulloso e iracundo que se muestra en lo que le dice a Modesto, después de que éste criticara los vicios que defiende:

...si por mí lo dices, so botarate, hipocritón, mira cómo te explicas, porque a mí...
pues, ni san Pedro me ha hecho quedar mal en esta vida. Ya me conoces, chico:

cuenta con la boca, porque yo no aguanto pulgas; y por vida del gorro de Pilatos que, si me enfado, del primer tajo te he de enviar a buscar el mondongo y la asadura más allá de la región del aire. (59)

Estos mismos comportamientos los comparte con don Catrín, quien también es un hablador envalentonado y un iracundo al defender el honor de su persona después de ser criticado, pero que en el fondo es muy cobarde.

En los capítulos III, IV y V, al convertirse en militar, los consejos que recibe Catrín por parte de un personaje virtuoso, su tío el cura, para ser un militar que ejerza su oficio de manera honesta, pierden valor cuando es aconsejado por Tremendo. Éste le tranquiliza el miedo ante el concepto del castigo eterno, la muerte y el honor. Se demuestra el “espíritu fuerte e ilustrado” en Tremendo cuando le dice a Catrín que la eternidad es una quimera y argumenta que nadie ha hablado ni visto a un santo o condenado. Ve a la muerte como algo natural y a lo que no se le debe temer; además de que le da otro significado a la palabra honor, al decir que cada uno le puede dar la extensión que desee.

El “espíritu fuerte” era, durante la época de Lizardi, sinónimo de impío, pues no sólo iban en contra de la moral, sino que además contemplaban la Creación y a la humanidad como fenómenos naturales. Dios no existe en la cosmovisión del fuerte, la mayoría de las cosas que acontecen en la naturaleza se pueden explicar por medio la Física, la Matemática, la Química, la Medicina.²⁶

Aunque algunas veces el protagonista reflexiona y duda de seguir esas ideas, siempre se deja llevar otra vez por el libertinaje y la forma de vida de sus compañeros. No existe para ellos un ser supremo que los castigue, y ante las leyes humanas pueden disfrazar sus malandanzas. Ignoran la moral y las leyes comunes para enfocarse en satisfacer sus deseos y no en lo que debe traerles preocupaciones.

No hay vida más allá de ésta, y la falta de ideales futuristas, es palpable en el argumento del amigo de Catrín, que alega un *carpe diem*, enfocado en la

²⁶ Ozuna, *op. cit.*, p. 56.

complacencia de las pasiones y no en el aprovechamiento de la vida ni en la reflexión profunda acerca de la vida y la muerte.²⁷

Y lo más importante, Tremendo es quien dice lo que define a don Catrín el resto de la obra: “la gracia está en saber pintar las acciones [...] teniendo la habilidad de engañar a los jefes, tú pasarás por un militar sabio, valeroso y prudente” (57). Este engañar mediante la apariencia, el protagonista lo comparte con todos los personajes viciosos, y también con aquéllos que se dejan llevar por ella. Se le enseña que la apariencia es la que le permitirá conseguir lo que desee sin importar los medios por los cuales lo haga: “los catrines practicaban los vicios bajo el nombre de virtudes. El efecto ilusorio que tiene el aparentar se disuelve cuando se capta la incoherencia entre la palabra y los actos”²⁸.

Un pasaje en el que se demuestra la contrariedad entre lo que dice y hace, se ve en el duelo que tiene con Tremendo. Ambos salen al encuentro y aparentan ser valientes, cuando a la vez en su conducta dejan ver su cobardía. Por ejemplo, Catrín admite su temor al lector cuando llega al lugar acordado para el duelo, pero insiste en la valentía que tiene al atacar al contrincante, y que si deja de reñir es porque aquél protesta su amistad. Tremendo, a pesar de su cobardía explícita, le dice a don Catrín que el acuerdo es para ver su valor y que le estima mucho. Al final, deciden no pelear, ser amigos y guardar en secreto lo ocurrido.

Tremendo es uno de los personajes que más mal aconseja a Catrín. Éste lo sigue y lo ve como si las doctrinas que le comparte fueran saludables y unas guías para pasarse “una vida alegre y sin tormentos (71)”, y esto es justo lo que busca Catrín. A él no le importa la opinión del cura ni de Modesto, porque le aconsejan cosas que le exigen siempre algo para ser un miembro útil y aceptado por la sociedad; mientras él sólo busca satisfacer sus caprichos, placeres y necesidades sin preocupaciones ni tormentos.

Por tal razón es que se interesa más por la opinión que tienen de él sus “amigos” catrines y no, por ejemplo, la de Modesto. Al tener Catrín la disputa con Tremendo y ambos están acordando el duelo, Modesto le dice que “Más valor se

²⁷ *Ibid.*, p. 57.

²⁸ *Ibid.*, p. 121.

necesita para perdonar una injuria, que para vengarla” (64), pero Catrín le responde “Eso no puede ser –dije yo–, porque será pasar por un cobarde y un infame en la opinión de Tremendo” (66).

Catrín, en diversas ocasiones, queda asustado de los sermones de su tío el cura, sin embargo, al recurrir a los consejos de sus amigos, se “tranquiliza” y se vuelve aún más libertino. A estas alturas nuestro protagonista ya demuestra orgullo por sus desvergüenzas. Se muestra indiferente cuando llega el momento en el que sus padres mueren. Y al verse bajo ninguna autoridad, gasta lo que hereda, pierde su casa y termina en la de Tarabilla. Este “rechazo de la estructura familiar es indicador de la falta de un sentido de comunidad”²⁹.

- Tarabilla

La falta de sentido de comunidad se demuestra cuando le dan la espalda sus camaradas oficiales, entre ellos: Tarabilla. Éste es un catrín hablador que con sólo palabras arruina el honor de cualquiera, aunque sea el de sus parientes o el suyo, pero que lo hace de tal manera que causa gracia. Es un personaje hablador, injurioso, blasfemo, egoísta, con poca empatía hacia los demás y que se rige por la maledicencia.

Mi madre es joven y bonita, su marido es viejo y pobre; ustedes dirán si yo podré jurar que fue mi padre; pero ¿qué me importa? Él me sostiene, mi madre es mujer, y es fuerza perdonarle sus fragilidades.

Quien de este modo habla de sí mismo, ¿cómo hablaría de los demás? En menos de media hora hizo pedazos el honor de diez doncellas conocidas, destrozó el crédito de seis casadas, echó por tierra la buena opinión de veinte comerciantes y trilló la fama de cuatro graves religiosos [...] ¡Tanta era su volubilidad, tanta su gracia! (55)

Al morir los padres de Catrín y de que éste derrochara el dinero que le dejaron por dar tertulias y almuerzos, se demuestra nuevamente cómo los catrines no son realmente una comunidad. Se aprovechan de aquél mediante la adulación para que siga ofreciendo comida y tertulias (tal como lo hace más adelante Catrín con otros).

²⁹ Romine, *op. cit.*, p. 42.

Por ese derroche pierde la casa y se refugia en la de Tarabilla, quien también es uno de sus grandes “amigos”. Pero éste, al enterarse de que don Catrín es despedido de militar por sus malandanzas, lo echa de su casa porque lo pueden catalogar como a él, aunque los dos sean lo mismo.

Tarabilla, hablador como es, no se puede fiar de él ni un poco. Y lo mismo aplica para Catrín, pues lo más importante para éste es tanto “...su ‘creatividad verbal’ [que] le basta para engañar y llevar a cabo sus fechorías”³⁰, como su apariencia, donde debe presentarse con decencia incluso si no tiene mucho dinero, bienes o cosas personales. En el capítulo VII emprende ser jugador, y hace tales hazañas que gana sesenta pesos, los cuales gasta en accesorios para su imagen.

...compré dos camisas de coco, un frac muy razonable y todo lo necesario para el adorno de mi persona, sin olvidárseme el reloj, la varita, el tocador, los peines, la pomada, el anteojito y los guantes, pues todo esto hace gran falta a los caballeros de mi clase. (92)

Catrín mismo sabe que él es pobre y que eso lo oculta mediante la apariencia: “me hallé más pobre, y tanto que no tenía para sostener la cascarita o decencia aparente de un catrín” (112). Entonces, la pregunta es ¿vive completamente en una ilusión o trata de mantenerla?, pues se dedica siempre a parecer alguien decente, rico y noble, de estar en esa ilusión de quien quiere ser y cree que es.

- Simplicio

Mediante esa apariencia es como don Catrín logra engañar y aprovecharse de otros: “saqué que debía buscar mi comodidad a costa de todo el mundo” (115). Lo hace con Simplicio, a quien engaña junto a dos mujeres, con tal de sacarle dinero. Éste es un personaje franco según don Catrín, pero agreguémosle ignorante, ingenuo y tonto por dejarse engañar dos veces, y un catrín también, por ser él mismo quien se llama así: “yo por dicha mía soy de la misma raza, y me glorío tanto de serlo que no me cambio por el más noble señor del mundo entero” (83).

³⁰ Luna, *op. cit.*, p. 22.

Don Catrín adula de tal manera a Simplicio que éste le invita un café, para luego contarle mentiras sobre que tiene una hermana bonita que está a la espera de una herencia, y que procurará casarla con un hombre de bien. Simplicio, después de esto, insiste en conocer a la inexistente hermana de Catrín, así que éste se empeña en buscar a quien finja serlo. Se encuentra a una vieja y una muchacha que aceptan ser su tía y hermana respectivamente, y llevan a cabo el engaño. Simplicio empieza a andar de novio con la joven mientras mantiene a todos durante dos meses, y se pasan una vida que hasta el más rico les hubiera envidiado.

La vieja es una alcahueta a la que no le parece mal que Laura y Simplicio se traten ya como esposos y salgan a pasear y a divertirse. Y Laura es una muchacha interesada que se hace pasar por la novia del joven con tal de tener dinero. Estas dos mujeres son como don Catrín, pues en lo exterior se presentan lujosas y decentes, mientras que en realidad son pobres de casa. Catrín dice lo siguiente sobre ellas: “Ya sabía yo que esta clase de señoritas, por más lujosas que se presenten, no tienen, casi siempre, mejores cosas ni ajuares” (86). Estos personajes se juntan con el otro para salir beneficiados, y aunque sean de su misma “comunidad”, siempre buscan salir ventajosos.

Esta será una constante en las relaciones de Catrín: buscar la ventaja, abusar y traicionar. En resumen, tratar a los demás como medios para sus fines. Nuestro amigo se mezcla con otros que se rigen por el mismo principio, como Laura y la alcahueta.³¹

Los tres viven holgadamente hasta que Simplicio se entera del engaño gracias a un pariente de Catrín, Pedro Sagaz. No obstante, a pesar de ser desengañado, (de que Sagaz le diga que don Catrín no tiene hermana alguna), se deja engañar nuevamente por éste en otra ocasión.

—Sí, Sagaz es un gran pícaro; se vio despreciado de ella y se vengó llenando tu cabeza de chismes... No hablemos más de esto, que me electrizo. [...] Por poco suelto la carcajada al ver la facilidad con que me había burlado de aquél simple. (92-93)

³¹ Ozuna, *op. cit.*, p. 69.

Y así como engaña a Simplicio, lo hace con una vieja y sus cinco doncellas en el capítulo X. Aquella se apiada de él por su situación (se hallaba muy pobre) y lo lleva a su casa a trabajar sirviendo a los clientes. Pero como según él ese trabajo no es grato para un caballero, elige mudarse de vida, no sin antes robarles las ropas a las mujeres durante la noche, venderlas al día siguiente y huir lejos. Aprende del Decálogo, se hace ladrón y busca satisfacer sus necesidades a costa de todos.

A don Catrín claramente no le importa demostrar sus maldades, las hace y las presume sin vergüenza alguna. Hace las cosas simplemente con tal de estar cómodo y satisfecho, y se junta con quien encontrará eso sin importar los medios, justos o injustos. En el capítulo IX, después de conocer el decálogo de Maquiavelo, decide guiarse por el punto que le aconseja aullar con los lobos, y se hace amigo de todos, a costa de pasar no sólo por buenos sino por malos ratos.

No tiene reparo en decir que se aprovecha de otros: “Forzoso era valerme de otras gentes ruines para estas diligencias” (89), y en que otros se aprovechan de él: “Tarabilla comió y bebió esta vez a mis costillas, como yo comía y bebía a las de otros” (127). Su apariencia cobra gran importancia para hacer esta tarea, y mucho más en una sociedad que juzga por la vestidura y la facha. Véase un ejemplo de cómo don Catrín, después de ser golpeado y desnudado de sus ropas por robar, logra engañar a la gente que lo va a ver.

¿Conque a un caballero como yo se juzga por ladrón, porque se ve desnudo, sin advertir que esta camisa es de estopilla y los calzoncillos de Bretaña superfina, géneros de que no se visten los ladrones, a lo menos los rateros? Mejor fuera que usted y su ronda me acompañaran a mi casa, donde deseo llegar para curarme de los palos que me han dado los verdaderos ladrones que me acaban de dejar en el triste estado en que usted me ve. (95)

Aprovecharse de los demás para su propio beneficio lo hace un completo egoísta, y Fernández de Lizardi:

... se aboca a exponer el tema del egoísmo como destructor de naciones, y a los seres egoístas como ateos, pues desobedecen el precepto de “amar al prójimo como a uno mismo”. De hecho, el término “egoísmo” fue creado en el siglo XVIII

para describir la acción de tener un amor tan desmedido por uno mismo, que el otro se vuelve un medio.³²

Al ser un egoísta, Catrín sólo se ama a sí mismo, aunque aparentemente, pues a pesar de experimentar “hambres, desnudeces, desprecios, golpes, cárcel y enfermedades” (102), no intenta cambiar su conducta para dejar de dañarse, su amor a sí mismo es falso. “¿No se comprometieran en los riesgos y pagaran a peso de oro el que les sacaran lo ojos, les cortaran las patas y los llenaran de llagas y de landre para injerirse en nuestras despilfarradas pero bien provistas compañías?” (130). Y aun así dice con orgullo al lector: “haced lo que nosotros y disfrutaréis iguales comodidades y ventajas” (131).

Don Catrín tiene otra visión de su tío el cura que lo hace reflexionar y dudar un poco sobre su manera de vivir, pues le llega a decir a un amigo suyo que con sus comportamientos ambos se harán aborrecibles al mundo. Sin embargo, a este punto el protagonista ya no tiene remedio.

Nuestro nombre se borrará de la memoria de los hombres y ninguno se acordará de nuestras obras. Gocemos de todos los placeres que están en nuestro poder [...] no haya objeto agradable libre de nuestra lujuria, y dejemos por todas partes las señales de nuestra alegría; oprimamos al pobre; despojemos a la viuda; no respetemos las canas de los viejos; sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia; no guardemos los días de fiesta consagrados al Señor; exterminemos en especial al hombre justo, cuyo aspecto, nos es insoportable.

—Esas son palabras mayores —le dije; ¿no ves que siguiendo esas máximas nos haremos aborrecibles a todo el mundo? (104)

Pero nuevamente termina convencido de seguir con la misma conducta. Y así conoce el Decálogo de Maquiavelo:

1. En lo exterior trata a todos con agrado, aunque no ames a ninguno.
2. Sé muy liberal en dar honores y títulos a todos, y alaba a cualquiera.
3. Si lograres un buen empleo, sirve en él sólo a los poderosos.
4. Aúlla con los lobos. Esto es, acomódate a seguir el carácter del que te convenga, aunque sea en lo más criminal.
5. Si oyeres

³² *Ibid.*, p. 57.

que alguno miente en favor tuyo, confirma su mentira con la cabeza. 6. Si has hecho algo que no te importe decir, niégalo. 7. Escribe las injurias que te hagan en pedernal, y los beneficios en polvo. 8. A quien trates de engañar, engáñale hasta el fin, pues para nada necesitas su amistad. 9. Promete mucho y cumple poco. 10. Sé siempre tu prójimo tú mismo, y no tengas cuidado de los demás. (105)

Don Catrín lleva a cabo todos los puntos del decálogo: a todos trata bien y los adula para sacarles algo de provecho, engaña hasta el final y sin remordimientos a Simplicio y a otros personajes, y siempre se pone primero que los demás. Pero se deja llevar sobre todo por el punto cuatro, adaptándose a quien sea si por ello saldrá más adelante provechoso y beneficiado.

Y aunque después de vivir tantas atrocidades nuestro personaje se da cuenta de que los papeles que abogan su nobleza ya no le sirven y los rompe en el capítulo XI, no por ello cambia su conducta para bien. Comienza a vivir aún más sin vergüenza alguna y a decaer aún más: “Degeneré la ilustre familia de los catrines y me agregué a la entreverada de los pillos” (123). “No solo la acomodación a las circunstancias sino también la creación de circunstancias favorables a sus propósitos, las que están cargadas de embustes y egoísmo, llevan a Don Catrín a un proceso de degradación”.³³

En un momento reaparece Tarabilla “con un uniforme viejo de teniente retirado y con dos muletas, porque estaba cojo de remate” (125). ¿No podría ser esto una señal, un vistazo del futuro que le depara a Catrín? No poco después, en el capítulo XII, nuestro querido personaje riñe con el marido de una dama con la que tiene una aventura amorosa, y como aquél le hiere el muslo izquierdo, se queda sin pierna. Este hecho lo lleva a dedicarse a ser mendigo.

Conforme a este propósito me dediqué a aprender relaciones, a conocer las casas y personas piadosas, a saber el santo que era cada día, a modular la voz de modo que causaran compasión mis palabras y a otras diligencias tan precisas como éstas, lo que llegué a saber con tanta perfección que me llevaba las atenciones, y cuantos me oían tenían lástima de mí. (129)

³³ Dinko Cvitanovic, “La alegoría satírica en “Don Catrín de la Fachenda”, en *Boletín de la Real Academia Española*, vol. 70, núm. 250 (1990), p. 309.

Al recibir mucho dinero por mendigar, vive a escondidas cómoda y holgadamente con Marcela, quien, cuando aquél cae enfermo, lo abandona y se lleva todo lo de valor consigo.

Respecto a los personajes viciosos de mujeres, todas las que aparecen en la obra están, al igual que don Catrín y todos sus camaradas, dentro del mundo regido por la apariencia y el libertinaje. Estos personajes (Marcela, la vieja alcahueta y Laura) usan su imagen para salir beneficiadas por otros, así como otras son tan ingenuas como para dejarse llevar por la imagen y las palabras elegantes/dulces, sin darse cuenta del fondo de éstas ni de quien las dice (tal como le pasa a Sinforosa, o a la mujer a la que Catrín le logra robar un hilo de perlas de ochenta pesos). Tengamos en cuenta que, si acaso estos personajes no tienen mucha participación en la obra, resultan relevantes para nuestro protagonista y las situaciones a las que se enfrenta éste.

- Madre de don Catrín

Este personaje es quien determina la manera de ser de don Catrín para toda su vida. Más que su padre, ella es la primera en la lista en saber cómo formar a un perfecto egoísta, vengativo, vanidoso, soberbio, etc., ya que, buscando siempre darle gusto a su hijo, presiona al padre para que lo consienta también en lo que sea. “Más valía un *no quiero* de mi boca, dicho con resolución a mi madre, que veinte sermones de mi tío” (46). Por ejemplo, cuando Catrín se decide por la carrera militar y su padre se niega por estar pobre, el joven dice que su madre, para no verlo molesto, le insiste al padre que le dé gusto, aunque se queden más pobres.

La madre se define por su debilidad de carácter al ceder a los caprichos del hijo, y también por tener poca fortaleza ante la muerte de su marido, lo cual la lleva a la tumba. Y es caracterizada por ser una mujer frágil, deshonrada y deshonesto al quedar embarazada de un bastardo que le paga a otro para que la haga del padre de don Catrín.

Es un personaje que cumple muy bien su papel de madre consentidora, y también de mentirosa y fingidora por aceptar como padre de sus hijos a alguien que claramente no lo es. Y no sólo a ella se le acusa de lo anterior, sino también a la

madre de Tarabilla y a la de Simplicio: a la primera se le achaca de infidelidad y deshonor (como se ve en el apartado de Tarabilla y sobre lo que dice sobre su madre y padre, y de la fragilidad de las mujeres para ceder fácilmente a la pasión y el deshonor); y a la segunda, de madre consentidora, pues Simplicio “era hijo de una madre con algunas proporciones, y tan amante como la mía, y le daba gusto en todo” (87). Casi todos los personajes femeninos de la obra van a estar inmersas en este mundo inmoral, “se rigen todas ellas por un mecanismo común: las maniobras inmorales para su propio sustento”³⁴.

... en el mundo de la catrinería en el en escasea la honradez, la figura femenina no queda fuera de este marco de inmoralidad en la que ningún tipo de escrúpulos está por encima del interés económico o carnal. Hasta la dignidad de sus propias madres se pone en tela de juicio, aunque se comprende y se justifica la infidelidad de la mujer. Con todo, el personaje femenino es maltratado en este tipo de discursos que aparecen en la novela, considerándose de una naturaleza inferior que permite a hombres como don Catrín vituperar a cualquiera de ellas.³⁵

El deshonor, la lujuria, el interés económico y la infidelidad se ven también en los siguientes personajes femeninos:

- La vieja alcahueta y Laura

Ellas ayudan a don Catrín a mantener el engaño de Simplicio: la primera al permitir la indecencia de la muchacha, y la otra al irse de novia con aquél, quien, cuando es desengañado por Sagaz, “se irritó tanto que las arrebató, les dio una buena entrada de golpes y no contento con esto salió a la calle amenazándolas con la cárcel” (88). Esto demuestra cómo son tan similares al protagonista, pues éste, al acometer contra otros, siempre termina molido a golpes y, sin embargo, sigue haciendo lo mismo que lo hace ganárselos. Y ambas, con lo que le hacen a Simplicio, demuestran ser unas fingidoras, mentirosas, deshonestas, egoístas, lujuriosas y materialistas, también marcadas por el deshonor.

³⁴ María José Rodríguez, “La figura de la mujer en Lizardi: Noches tristes y día alegre y Don Catrín de la Fachenda”, en *Cartaphilus*, vol. 12, núm. 13 (2014), p. 172.

³⁵ *Ibid.*, p. 171.

Respecto a Laura, es importante saber lo que Sagaz dice sobre ella: “Ésta es una cusquilla conocida y común, hija del difunto maestro Simón [...] En su vida pensó en ser parienta de Catrín, y mucho menos de tener pleitos por dinero que no ha conocido sino ahora con sus comercios” (88). Es una muchacha que no está al cuidado de su padre, cuya imagen, claramente, debía cumplir el papel de proteger a la hija de cualquier muchacho con malas intenciones y así mantener su honradez. Nótese la diferencia de las situaciones entre ella y Sinforosa, hija de don Abundo: Laura está sola, no tiene quien la defienda de los aprovechados ni la pueda mantener, así que busca la manera de sobrevivir mediante su belleza.

Este personaje es descrito por Catrín como una mujer muy bella, cualidad que aquélla usa para conseguir comodidades y paseos. Ambas, la muchacha y la vieja, parecen ser conocidas por muchos hombres: “Innumerables sujetos las saludaron en la calle, en el teatro y en la fonda con demasiada confianza, y yo me lisonjeaba de haberme encontrado con una hermana tan bonita y tan bienquista” (86). Esto sólo nos dice que, a cambio de esas comodidades, la más joven paga a otros sujetos sólo con lo que puede hacerlo, con su cuerpo y su belleza: “la buena de mi tía no permitió que durmiera en el canapé, porque tenía muchas chinchas; y así, quise que no quise, acompañé a mi hermana porque no me tuvieran por grosero y poco civilizado” (86).

Es una experta fingidora, habladora e interesada y, al igual que don Catrín, consigue lo que quiere a través de las palabras: “Tomamos café y nos fuimos a casa, en donde fue Simplicio muy bien recibido de mi afligida hermana, quien le contó tantas bonanzas futuras y miserias presentes, que excitando su compasión y su avaricia, por primera visita le dejó cinco pesos” (87).

Como paréntesis, en este punto ya es claro que Laura, Sinforosa y Marcela son los únicos personajes que tienen nombres propios, a diferencia de los que, sólo con su nombre, informan de primera al lector sobre cómo son en la obra (tal como Catrín, Tarabilla, Modesto, Tremendo, etc.). Es así que, en el caso de Laura y Marcela, tomaré como referencia a personajes femeninos con el mismo nombre ya conocidos en la literatura: la Marcela del *Don Quijote de la Mancha* y la musa Laura

de Petrarca, las cuales son retratadas como todo lo opuesto en *Don Catrín de la Fachenda*.

Laura es también el nombre de la musa del poeta italiano Petrarca. Éste, en sus poemas, muestra su amor, devoción, admiración y desesperación por una mujer cuya figura le es inalcanzable. Laura de Noves es una mujer casada a la que conoce en una iglesia y ve muy pocas veces, y por tal razón la idealiza y la define como algo divino, que simboliza la perfección y belleza misma, además de expresar la desesperanza ante un amor no correspondido.

Ambas son totalmente lo contrario. La una es una mujer bella platónica que inspira al poeta a que le dedique poemas en los que la diviniza y la coloca como algo celestial, espiritual, y que va más allá de lo corporal. Y la otra es también una mujer bella, pero que representa lo material y carnal, pues ya se ve lo que dice don Catrín de ella: que tenía una hermana bonita que le chiqueaba el pensamiento.

- Sinforosa

En el caso de Sinforosa, de esta muchacha se trata aprovechar Catrín, pero don Abundo, su padre, no lo permite. Ella es una joven muy fea y tonta, pero también muy rica, razón por la que el joven se interesa en ella. Aquél ve a una muchacha fea en un balcón, “como de diez y nueve años, flaca, descolorida, con dos dientes menos, de nariz roma y con una verruga junto al ojo izquierdo del tamaño de un garbanzo grande” (75). Y su apariencia no le importa, pues al verla vestida tan decentemente y en una gran casa, la saluda. Al saber que es hija de don Abundo, un viejo muy rico, comienza a cortejarla y aquella ingenua le corresponde. Ella está marcada por la fealdad, pero también véase cómo es algo similar a Simplicio al dejarse llevar por las apariencias y las palabras adúlantes: ambos son unos ingenuos e ignorantes sin cautela.

A don Catrín le importa su propia apariencia, pero al parecer no la de quien sacará provecho, ya que está dispuesto a soportar la fealdad de la muchacha con tal de poseer riquezas. Esto lo hace ser un interesado y un ambicioso al igual que Marcela, quien hace lo mismo con él solo por dinero y comodidades más adelante. Es así que don Catrín le habla de bodas a la muchacha y va a conversar con don

Abundo. Al principio el señor le cree y le agradece por amar a su hija a pesar de su fealdad, pero al enterarse el señor acerca de la conducta de Catrín y de sus planes de escaparse con su hija, no los deja irse y le da una buena golpiza a éste.

Sinforosa carece de inteligencia, y por su fealdad, que pudo ocasionar que su trato con hombres hubiera sido inexistente en toda su vida, se deja enganchar por el primer desconocido que muestra un poco de interés por ella, creyendo que alguien puede amarla sin importar la fealdad que tanto la caracteriza. El creer eso provoca que ponga en peligro su honor al aceptar escaparse con Catrín, desafiando con ello a su padre y sus costumbres. Esto confirma nuevamente el discurso de esta obra, en la que los personajes femeninos se caracterizan por su fragilidad ante la pasión y el deshonor.

- Marcela

Don Catrín la describe como pérfida e ingrata. Ella es otro personaje como nuestro protagonista: desagradecida, egoísta, infiel y materialista, pues está con él de pareja mientras tiene dinero para darle buena comida, casa y ropa, pero le roba y lo traiciona cuando cae muy enfermo y ya no se ve en la posición de darle esas comodidades.

Ella, antes de dejar a don Catrín, es descrita por éste como una mujer atractiva, atenta, cariñosa y consentidora, a la que se encarga de mantener a cambio de los cuidados de aquélla. En poco tiempo viste a ambos como los mejores y se van a comer a restaurantes donde nadie los conoce, lo cual nos dice que Marcela es también una simuladora como don Catrín. Y según éste, aquélla lo quiere mucho, pero el lector podrá darse cuenta de lo interesada que es, pues cuida de él sólo cuando puede darle dinero y comodidades: “vivía muy contento con mi Marcela, que como estaba sobrada de todo, me quería mucho” (131).

El cuidado y el querer de Marcela hacia el protagonista son aparentes. Ella y su cocinera son las causantes de que se enferme de lo que lo lleva a la muerte. Según él ella lo cuida, pero consintiéndolo sólo le provoca males en su cuerpo. La mamá de Marcela es una cocinera que todos los días le prepara a don Catrín comida

que lisonjea su paladar, pero daña su estómago, y de este hecho admite el protagonista que le es perjudicial para su salud.

El mismo nombre tiene un personaje del *Don Quijote*: Marcela, una pastora muy bella que es hija de padres ricos. Ellos mueren (su madre en el parto y su padre de pesadumbre por la muerte de aquélla), y este suceso la hace quedar al cuidado de su tío, un sacerdote. En edad de casarse decide no hacerlo por la razón de que no se siente lista para el matrimonio y elige ser pastora.

Debido a su desbordante belleza, todos los jóvenes que están enamorados andan detrás de ella y optan también por ser pastores. Sin embargo, su rechazo al matrimonio y a aquéllos ocasiona que la llamen cruel y desagradecida. La culpan de la muerte de Grisóstomo, un joven que muere en realidad por los temores y angustias que le provocan los celos derivados de situaciones e imágenes sólo originadas por su cabeza, y no por la realidad. Y después de esta aclaración Marcela ya no es vista como una muchacha cruel, sino honrada, bondadosa y tan recatada, que nadie podría alabarse de que le haya dado alguna esperanza de satisfacer su deseo.

Esta Marcela y la de *Don Catrín* son totalmente opuestas, pero viven situaciones similares. La primera es una mujer honrada que se defiende de las calumnias al decir que ella no tiene por qué corresponder a alguien a quien no ama, siendo por ello honesta con sus sentimientos. Mientras que la segunda hace todo lo contrario, pues su abandono a Catrín demuestra que sólo está con él por el dinero y las comodidades de rico que le puede proporcionar, y no porque lo quiera. La pastora elige ser libre en los campos y en la soledad, además de que su independencia económica no la lleva a necesitar un esposo. La Marcela de esta obra usa su belleza para aprovecharse de don Catrín; y la otra, a pesar de ser también tan hermosa, es totalmente desinteresada y no la usa para aprovecharse de sus tantos pretendientes.

A ambas se las describe como crueles e ingratas, y de cierta manera son las causantes de la muerte de don Catrín y Grisóstomo respectivamente. De la pastora se dice que engaña a Grisóstomo, que es una egoísta, y que consciente de su belleza se aprovecha de sus pretendientes; pero se aclara la situación y la muerte

de su pretendiente es sólo culpa de él. A la otra Marcela se le puede culpar por hacer el papel de esposa consentidora que, junto a su cocinera, alimenta mal a don Catrín ocasionándole daño y enfermedades que lo llevan a la muerte; sin embargo, la culpa no debe recaer en ellas sino también en aquél, que toda su vida se descuida y es el responsable de sus desgracias.

Nuestro protagonista, después de ser abandonado por Marcela, describe a los personajes femeninos de la siguiente manera:

...¡ah, mujeres ingratas, falsas e interesables! Maldito sea quien fía de vuestras mieles, juramentos, cariños y promesas. Amáis a los hombres y los aduláis mientras pueden seros de provecho; pero apenas los veis en la amargura, en el abandono, en la cárcel o en la cama, cuando, olvidando sus sacrificios y ternezas, los desamparáis y entregáis a un perdurable olvido. (140)

Todas son partícipes del engaño, la lujuria, la indecencia, el egoísmo y reciben por sus actos golpizas y vergüenzas, y, por tanto, son unas catrinas con vicios también. Las mujeres en la obra son el reflejo femenino de don Catrín.

2.3.2. Personajes virtuosos

- El cura de Jalatlaco

Es un personaje que representa la moral misma para don Catrín, y quien se encarga, desde la niñez de aquél, de advertir la mala crianza que le dan sus padres. Catrín lo ve como un “impertinente” en su familia, pues da consejos a sus padres y sermones a él, los cuales, por supuesto, al predicar acciones que conllevan sacrificios, trabajo, empatía y estudios, le son desagradables al joven perezoso y caprichoso.

Respecto a la forma de ser del cura, don Catrín nos da una gran descripción en la que se muestran las tantas virtudes de su tío: modestia, humildad, generosidad, caridad y diligencia. Es un hombre ayudador, comunitario, honesto, pacífico y justo, que ama y se preocupa por su prójimo, que se caracteriza por la serenidad y por tener buena conciencia, que se viste humilde y modestamente, y cuyos discursos son dulces y concertados.

Aunque don Catrín se empeña en no hacer caso a los sermones de su tío, éste sí logra inquietarlo en ocasiones. Antes de que el joven se deje llevar totalmente por las enseñanzas de sus amigos libertinos, lo hace pensar sobre las consecuencias que puede sufrir si elige tener un mal comportamiento en su vida de militar: que, si termina siendo un oficial libertino tolerado en vida, a la hora de la muerte no se salvará de encontrarse con un juez supremo que lo castigará por la eternidad. Y debido a esas palabras, aquél reflexiona en serio, le atormenta una conciencia moral. Más adelante, en el capítulo VIII, tiene visiones del cura y se siente intranquilo por el sermón que le da:

Es cierto que tú y muchos holgazanes y viciosos como tú logran, sin trabajar, comer a expensas ajenas; pero, ¿a qué no se exponen?, ¿qué no sufren? y, por último, ¿en qué paran? Ya has experimentado en ti mismo hambres, desnudeces, desprecios, golpes, cárcel y enfermedades. ¡Triste de ti si no te enmiendas! Aún te falta mucho que sufrir; y tu castigo no se limitará a la época presente, pues siendo tu vida desastrada, no puede ser tu muerte de otro modo. Teme esto sólo; y si no crees estos avisos, estos gritos de tu conciencia, prepárate a recibir en los infiernos el premio de tu escandaloso proceder. (102)

El cura es el mayor opuesto de don Catrín, y junto con don Cándido, su papel en la historia es el de advertir al lector la realidad de la vida del protagonista. A pesar de lo tanto que insiste éste en la buena vida que lleva, su historia misma y los discursos de los personajes virtuosos demuestran las constantes pesadumbres que le trae ser un catrín: pobreza, hambres, golpes, humillaciones y enfermedades (podrá ver más de este tema en el capítulo III).

- Modesto

Aparecen en la obra también otros personajes como el cura, entre ellos Modesto, “que parece que no sabe quebrar un plato” (58). Este personaje es uno de los que más aconseja a don Catrín antes que de éste caiga completamente en el libertinaje. Entre Modesto y Tremendo se da un enfrentamiento en el capítulo III, en el que se demuestra la valentía del primero vista por don Catrín como cobardía, y la cobardía del segundo disfrazada de arrogancia y valor. En este caso Modesto representa la

humildad y la pacificidad; y Tremendo, junto a Catrín, la soberbia y la ira. Todos discuten sobre el oficio de militar y las formas de llevarlo a cabo, y Modesto le sugiere a don Catrín ser un militar, no libertino ni impío, sino comedido y religioso.

Tremendo, al sentirse atacado por el discurso de Modesto, saca el sable y durante el enfrentamiento lastima sin querer a Catrín, quien, al seguir las máximas de sus amigos catrines, de vengar cualquier ofensa y no disculpar la mínima falta que se cometa contra su persona, se enciende de rabia. Finalmente, quien termina por pelear con Tremendo no es Modesto, sino Catrín. Ambos acuerdan un duelo, al cual le aconseja el buen amigo que no acceda, por ser que “los más matones son los más cobardes” (59) y que “El vencer un hombre a su enemigo puede consistir en una contingencia, que después se atribuye a valor, habilidad o fortuna; pero el vencerse a sí mismo prueba sin duda un uso recto de la razón, un gran fondo de virtud y un alma noble” (64-65). Sin embargo, a estas alturas, a don Catrín le interesa mucho más la opinión que lo engrandezca ante sus amigos catrines.

- El clérigo y el viejo

Comienza la decadencia de don Catrín. Se burla de la religión y de sus ministros, e incluso les falta el respeto porque no les teme. En el capítulo VIII se encuentra en un café con dos personajes opuestos a él, un clérigo y un viejo. Éstos conversan sobre las corrupciones del siglo, y el joven, primeramente, platica y almuerza alegremente con ellos. Sin embargo, el ambiente deja de tornarse agradable cuando el viejo ofende a la comunidad de catrines en su discurso, describiéndolos como necios y aduladores poco decentes, que engañan y estafan a los tontos que creen que todos los que visten con decencia son hombres de bien.

Ante ello, don Catrín, enojado, decide golpear al viejo con una silla en la cabeza, pero antes de hacerlo el clérigo se mete por debajo y termina por recibir el golpe. Este hecho no detiene al joven, pues dice que no es “de estos alucinados que temen a los clérigos y frailes) yo enojado le tiré un silletazo al viejo y le di al padre” (101). El resto de la gente que se encuentra en el café se posiciona contra él haciendo que se siente y acabe la pendencia, y le aconsejan que le pida perdón

al padre, pero sus palabras son las siguientes: que “un caballero catrín no puede prostituirse a pedir perdón a nadie” (101).

Algo similar pasa en la casa del conde de Tebas en el capítulo IX. Un capellán da un discurso sobre la comunidad de catrines, describiéndolos como “jóvenes, tal vez bien nacidos y decentes de ropa; pero ociosos, ignorantes, inmorales y fachendas, llenos de vicios, que no contentos con ser pícaros, quisieran que todos fueran como ellos” (108). Y don Catrín, al escuchar esa ofensa, habla por el honor de su comunidad con tal desfachatez y orgullo, que el conde de Tebas le pide no volver a poner un pie en su casa. Todos los demás personajes, incluyendo los criados, lo maltratan, lo echan de la sala, casi lo hacen rodar por las escaleras, le tiran agua hervida, y el amigo que lo acompaña lo traiciona al ponerse del lado del conde.

Catrín sufre humillaciones y agravios, e incluso traición de “sus camaradas”, sin embargo, al parecer no le importa, pues está dispuesto a soportar lo que sea con tal de seguir siendo lo que ha decidido ser. Se mantiene reacio a cambiar.

- Pedro Sagaz

Amigo y pariente de Catrín, es quien desengaña a Simplicio. Aunque aparece muy poco en la obra, cumple un papel muy importante: el de ser honesto con el amigo engañado. Él le advierte quién es Laura y que se están aprovechando de él. Da el ejemplo de actuar con cautela para no confiar ciegamente en un individuo que, sólo porque viste muy decente y lo adula, le desborda tanta confianza. Actúa con inteligencia, al contrario de Simplicio, quien lo hace con ignorancia.

Notemos la diferencia entre los personajes virtuosos y, por ejemplo, Simplicio: los primeros nunca se dejan engañar porque distinguen en los catrines aquello que aparentan y sus actos; en cambio, Simplicio (y otros personajes como la hija de don Abundo) son tan ingenuos que se dejan engañar por lo que ven y escuchan, y por eso son utilizados y perjudicados por don Catrín.

- Don Abundo

Es uno de los personajes a los que no termina de engañar el protagonista, o más bien, no lo logra al menos hasta que el señor se informa sobre sus conductas. Al

inicio confía en el joven, pero al saber de las intenciones que tiene con su hija y de que sólo se interesa por su dinero, lo rechaza para casarse con aquélla. En su caso, don Abundo representa el honor al defender a su hija de un interesado.

Y así como no logra engañar a don Abundo, tampoco lo logra con el coronel, quien, al enterarse de sus actos para con don Abundo y su hija, lo visita para decirle que solicite su licencia absoluta por ser un militar que actúa sin ley. Ni lo logra con el casero que va a cobrarle la renta en el capítulo X: “usted será muy caballero y muy noble, y tendrá infinitas pruebas de su lustre; pero las monjas no comen ejecutorias ni noblezas; ha de cubrir la renta, o se muda” (114-115). Ni con el gobernador cuando está en la cárcel en el capítulo XI: “La nobleza se acredita con buena conducta mejor que con papeles. Sufra esta parte sus trabajos como pueda, pues un ladrón ni es noble ni merece ser tratado de mejor modo” (122). Estos personajes le dejan dos cosas en claro: que su nobleza ya no tiene valor, y que conocen la superficialidad y la simulación que tan pobremente trata de mantener.

- Don Cándido

Este personaje es quien concluye la historia de don Catrín. Se hace su amigo, lo chiquea, lo predica, la hace de su amanuense, y lo asusta todo el tiempo con el infierno, el juicio y la muerte para que se arrepienta de su vida pasada, pero con un corazón ya muy endurecido, el protagonista se niega. En el capítulo XV de la obra, Cándido le da un final a la historia con un resumen y una crítica a la vida del joven y a los padres que lo malcrían. Esto con el fin de dar una lección al lector: que no imiten a don Catrín.

Puede describirse a Cándido como un personaje compasivo, ayudador, compañero y escuchador por estar junto a Catrín antes de su muerte. Pero también puede definirse como la sátira misma de la obra, pues es él quien hace ese contraste en la historia entre toda la mentira disfrazada de Catrín y la verdad dicha explícitamente (véase más del tema en el capítulo III).

Aun en este mundo percibió el fruto de su desarreglada conducta. Él, a título de bien nacido, quiso aparentar decencia y proporciones que no tenía, ni pudo jamás lograr,

porque era acérrimo enemigo del trabajo. La holgazanería le redujo a la última miseria, y esto le prostituyó a cometer los crímenes más vergonzosos.

[...] Su cabeza era el receptáculo del error y de la vanidad: adornado con estas bellas cualidades fue siempre un impío, ignorante y soberbio, haciéndose mil veces insufrible y no pocas ridículo. [...]

Toda su vida fue un continuado círculo de disgustos, miserias, enfermedades, afrentas y desprecios; y la muerte, en la flor de sus años, arrebató su infeliz espíritu en medio de los remordimientos más atroces. Expiró entre la incredulidad, el terror y la desesperación. ¡Pobre Catrín! ¡Ojalá no tenga imitadores! (144-145)

El mismo nombre tiene el personaje principal de la obra *Cándido o el Optimismo* (1759) de Voltaire. En esta obra se critica el optimismo del filósofo Leibniz, que consiste en pensar que estamos en el mejor de los mundos posibles y de que todo ocurre por una razón, sea buena o mala. Se cree que lo que sucede es para bien y se mantiene el optimismo al pensar que las cosas están bien cuando se la está pasando muy mal.

En su historia se cuentan las desgracias de Cándido, un joven criado con las ideas del optimismo de Leibniz dentro de un castillo de buenas costumbres, del cual es echado por ser visto mientras besaba a su enamorada Cunegunda, hija del barón del castillo. Es descrito de la siguiente manera al inicio de la historia: "...vivía un mancebo a quien la naturaleza había dotado de la índole más apacible. Veíase en su fisonomía su alma; tenía bastante sano juicio y alma muy sensible, y por eso lo llamaban Cándido"³⁶.

Al tratar de sobrevivir solo después de ser echado del castillo, le ocurren diversas desgracias: lo golpean, le roban, asesinan a sus seres queridos enfrente de él y mata a otros. Conoce a otros personajes desdichados y él también lo es, pues su único objetivo es encontrar de nuevo a su amada Cunegunda, pero continuamente hay sucesos que retrasan su propósito. A pesar de las tantas desgracias que sufre, debido a su educación y de ser un ingenuo que admira la

³⁶ Voltaire, *Cándido, Zadig, El ingenuo, Micromegas, Memnón y otros cuentos*, México, Editorial Porrúa, 2018, p. 3.

filosofía de su maestro Panglós (representante de la filosofía de Leibniz), Cándido dice vivir en el mejor de los mundos posibles.

No hay efecto sin causa [...] todo está encadenado por necesidad y ordenado para lo mejor; ha sido necesario que me echaran de casa de la baronesita Cunegunda y que pasara baquetas, y es necesario que mendigue el pan hasta que lo pueda ganar; nada de esto podía menos de suceder.³⁷

Durante la historia continuamente cambia de pensamiento, de pronto cree que todo está bien y que lo malo que le ha pasado es por una buena razón, y otras veces cuestiona si existe ese mundo perfecto al verse entre tantas desgracias. Sin embargo, no es hasta el final de la obra que acepta que su gran maestro Panglós está equivocado y ya no lo toma tan en serio como antes:

—Todos los sucesos están encadenados en el mejor de los mundos posible; porque si no te hubieran echado a patadas en el trasero de una magnífica quinta por amor a Cunegunda, si no te hubieran metido en la Inquisición, si no hubieras andado a pie por las soledades de la América, si no hubieras pegado una buena estocada al barón y si no hubieras perdido todos tus carneros del buen país de Eldorado, no estarías aquí ahora comiendo azamboas en dulce y alfonsigos. —Bien dice usted —respondió Cándido—; pero es menester labrar nuestra huerta³⁸.

Como constantemente le pasan desgracias y dichas, Cándido se da cuenta de que el destino del hombre es gozar y sufrir. Entonces, no se inclina por completo por el optimismo ni por el pesimismo, sino por un punto medio: en una esperanza de que puede haber un mundo mejor, al menos el que le rodea más íntimamente, y de que uno mismo debe trabajar para ello y así poder tener una vida más próspera. Ya no existe para Cándido el mejor de los mundos posible.

Ahora, respecto a *Don Catrín de la Fachenda*, ¿no es por las desgracias que sufre Cándido que éste se compadece del protagonista? Fernández de Lizardi pudo pensar en el personaje de Voltaire para que finalizara la historia de don Catrín no sólo con una crítica severa, sino con algo de empatía y compadecimiento: “El

³⁷ *Ibid.*, p. 7.

³⁸ *Ibid.*, p. 77.

practicante admira mi talento, compadece mi estado y me da consejos” (141). Además, da la lección de que ante las desgracias se puede actuar correctamente y no sólo con acciones que corrompan y lleven a más desgracias como lo hace el protagonista. Se puede ir por el otro camino para no terminar como aquél.

Los vicios llevan a don Catrín a vivir infortunios y a tener una muerte llena de enfermedades y sufrimientos, pero la cercanía a su fin aparentemente no le provoca terror. Siempre mantiene la misma postura que tanto desgracias como provechos le ha traído: “Terco como una mula, mantiene su carácter libertino hasta la muerte, — nace un catrín, muere un catrín”³⁹.

³⁹ Romine, *op. cit.*, p. 37.

3. La caída de don Catrín y la crítica del autor hacia la sociedad de su tiempo

3.1. Mecanismos de la risa

Según Bergson, cuando un gesto, movimiento o actitud de un cuerpo humano se repiten automáticamente, causan risa. Éstos no son risibles por sí mismos, pero sí cuando son repetitivos, es decir, cuando se alejan de la vida cambiante, donde cierto movimiento o gesto del cuerpo debería producirse una sola vez. Si algún movimiento de la cabeza o el brazo se repiten cada cierto tiempo y siempre de la misma manera, y aparecen cuando se espera, causarán la risa. Se está “en presencia de un mecanismo que funciona automáticamente. No es ya la vida la que tengo delante, es el automatismo instalado en la vida y probando a imitarla. Es lo cómico”¹.

Para explicar lo cómico de los actos y de las situaciones, Henri Bergson parte de los juegos infantiles, en los cuales se propone buscar “el primitivo bosquejo de las combinaciones que hacen reír al hombre adulto”². Entre ellos están el diablillo de resorte, la repetición, el ladrón robado, la inversión y la transposición, mecanismos de la risa que se pueden analizar en *Don Catrín de la Fachenda*.

Comencemos por el diablillo de resorte, juego en el que el diablillo sale de su caja cuando se le aplasta y que, si se hace repetitivamente, causa diversión. Este mismo juego se ve en el teatro, y Bergson empieza por explicar el guiñol: “Cuando el *comisario* se aventura a presentarse en escena recibe al punto, como es natural, un garrotazo que le tumba en el suelo. No bien ha logrado incorporarse, vuelve a caer de un nuevo porrazo. Vuelta a levantarse y vuelta a caer. Nueva reincidencia y nuevo castigo”³. ¿Lo dicho en la cita no recuerda a la vida de don Catrín de la Fachenda?

Como se puede notar, este personaje no sale a escena a que le den un garrotazo repetitivamente ni causa risa al espectador por su ingenuidad al seguir levantándose. Su semejanza con el mecanismo anterior consiste en ese caer y levantarse repetitivo que jamás abandona por voluntad propia, es decir, que

¹ Bergson, *op. cit.*, pp. 47-48.

² *Ibid.*, p. 75.

³ *Ibid.*, p. 77.

constantemente recibe ese golpe que lo deja en la miseria y le indica que deje sus malandanzas, pero en vez de entender y reivindicarse, neciamente se vuelve a levantar para volver a hacer lo mismo. Por esa razón no causa risa, sino más bien desprecio y repugnancia por la vida que lleva.

Catrín, enfermo y a punto de morir, dice sin remordimientos que ha tenido una cómoda y buena vida. Sin embargo, la realidad demuestra lo contrario, pues siempre se gana hambrunas, desnudeces y golpes que lo dejan en el hospital por sus actos, los cuales nunca se arrepiente de hacer: “que me arrepienta de mi vida pasada, como si no hubiera sido excelente” (142). Aunque el ser supremo existiera, el ilustradísimo don Catrín de espíritu fuerte jamás estaría dispuesto a ceder ni obedecer el juicio del mismísimo Dios, y aun se atrevería a escapar del mismísimo infierno. Véase el fuerte ateísmo del protagonista y la vanidad que mantiene hasta el final: se cree superior a entidades superiores lo mismo que a sus iguales y jamás ama ni perdona a su prójimo. Es un necio sin remedio, como se puede ver en la siguiente cita.

...si hay un Juez Supremo que recompense las acciones de los hombres según han sido, esto es, las buenas con una gloria y las malas con un eterno padecer, entonces yo me la he pegado, pues si me condeno, escapo en una tabla.

Aun cuando hago estas reflexiones, ni me acobardo, ni siento en mi corazón ningún extraño sentimiento: mi espíritu disfruta de una calma y de una paz imperturbable. (142)

En el diablillo de resorte y en las acciones de don Catrín se puede ver también la repetición. Ésta consiste en que, en situaciones siempre diferentes, se cometen las mismas acciones, alejándose así de la vida cambiante. Don Catrín, en cualquier situación, nunca deja sus costumbres libertinas. Sin importar si los sucesos a los que se enfrenta requieren seriedad o no, prefiere ser un catrín ante la muerte de sus padres, ante quien le ayuda a salir de la miseria y ante quien lo aconseja para su bien.

Hasta este punto es necesario hacer una aclaración: no se considera que don Catrín sea precisamente cómico o que el propósito de la obra sea causar la risa. Aunque podemos aplicar los mecanismos de la risa a la vida del personaje y

muchas situaciones demuestran que es puesto en ridículo para dar risa, son muchas más las veces en que todo eso resulta insufrible, especialmente don Catrín, que causa más una mueca de desprecio que gracia alguna. Don Cándido dice en su conclusión: resulta insufrible, pero no muy pocas veces ridículo. Con ridículo nos referimos a aquello no razonable o sin sentido en la naturaleza humana, que está fuera de lo normal y aceptado por la sociedad, y que es usado por la sátira y lo cómico para corregir esas conductas con la risa.

¿Cuándo vemos el ridículo en don Catrín? Cuando sus acciones no tienen sentido en su realidad. Sus ideas de que es un noble y rico no son reales, y su traje no es lo que aparenta porque oculta los remiendos. Recibe golpes y desprecio por hablar orgullosamente sobre conductas viles. Y es ridículo en las veces en las que su necedad es castigada por otros personajes: cuando se burlan de su latín mal escrito en aparentes elogios y se muestra orgulloso, cuando lo corren de la casa del conde de Tebas y le tiran hasta agua hervida por defender el libertinaje de su comunidad de catrines, o cuando aparenta valentía ante Tremendo mientras que ambos tienen miedo del otro. Además, al advertirse ridículo siempre trata de ocultarlo mediante su necedad y su intento de que toda palabra o acción que deje ver sus vicios se convierta en un elogio para él.

Otro mecanismo que se relaciona con don Catrín es el ladrón robado, es decir, cuando “una situación se vuelve contra el mismo que la preparó”⁴. Resulta cómico que un personaje, debido a sus malandanzas, termine afectado por las mismas, ya que él mismo se las ha buscado. Catrín siempre prepara el camino que lo lleva a vivir miserias al tener una vida de libertinaje. Él mismo se lo busca, ¿es un ladrón robado?, podría ser, ya que se aprovecha de los otros, pero siempre termina en la situación en la que él los ha dejado a aquéllos: como a estar sin dinero y sin ropa, como se verá más adelante en este mismo apartado.

Durante toda la obra hay puntos clave que llevan a don Catrín a tener una caída libre y a degradarse cada vez más. Desde su niñez-juventud (Capítulos I-V) ya está encaminado a la vida libertina: recibe una mala educación por parte de sus padres, lo consienten mucho y le dan todo lo que desea sin que haga ningún

⁴ *Ibid.*, p. 18.

esfuerzo. Fomentan el orgullo, la vanidad y la pereza en su hijo, y con ello determinan la vida de vicios que llevará.

En el capítulo II recibe un mal consejo de Precioso, y se inclina por la carrera de militar con el propósito de no trabajar y de hacer lo que le dé la gana. Durante dos años le va bien con este oficio, pues se entrega a los placeres y al libertinaje, pero la muerte de sus padres es lo que le alegra aún más. Pasa una vida de diversión y juegos, gasta más de lo que debe por las constantes visitas de sus amigos catrines, y a pesar de estar consciente de que comienza a quedarse sin dinero, no le da importancia. Desde aquí comienzan sus desgracias.

En el capítulo V, debido al derroche de dinero y de no pagar el arrendamiento, lo despojan de la casa, y se queda sólo con un baúl viejo y un colchón. Tarabilla le da refugio, y como tienen poco dinero, comen a costa de sus demás “amigos”. Además, don Abundo le da su merecido por las malas intenciones que tiene con su hija, y le quitan su licencia de militar por llegar a oídos del coronel el suceso anterior. Sin la tutela de sus padres, don Catrín se inclina por la vida libertina, se junta con sus amigos falsos, derrocha el dinero, y desde entonces se queda solo y sin nada. En el capítulo VI le dan la espalda sus amigos: Tarabilla lo echa de su casa, se muda solo, no tiene ni para desayunar, y vive en plena pobreza.

Afligidísimo al verme con un fraquecillo raído y con los codos remendados, un pantalón de coleta desteñida, un chaleco roto, pero de cotoneta acolchada, un sombrero mugriento y achilaquilado, unas botas remontadas, tan viejas que al andar se apartaban las suelas como las quijadas de un lagarto, y nada más. (90)

Cuando conoce a Simplicio le va bien por más de dos meses, pues vive como rico al aprovecharse de aquél junto a la muchacha Laura y la vieja. Pero al ser desengañado Simplicio por Sagaz, los tres se ven obligados a mudarse, y en el caso de Catrín, anda con hambre, sin ropa, e incluso sin camisa, y se ve obligado a trabajar.

En el capítulo VII emprende ser jugador y le va bien. Gana y en lo primero en que piensa es en gastar el dinero en su apariencia. Pero como ya conocen que es pobre, dejan de darle el mejor trato. La miseria lo obliga a cometer delitos y va a dar a la cárcel por primera vez, donde por comer se queda casi sin ropa y con mala

salud. Al salir de la cárcel un amigo se apiada de él y lo contrata como su gurupíe. Catrín le roba por un tiempo (durante el cual claramente se la pasa de maravilla), hasta que es descubierto por un barbero de su patrón, lo que lo lleva a salir golpeado y echado a la calle en paños menores. Al recuperarse de los golpes se da cuenta de que otra vez no tiene para comer, vestirse y ni para pagar la renta.

Hasta este punto el lector podría pensar que ya es hora de que don Catrín reflexione y cambie su actitud para con los que le ayudan, deje de abusar de los otros y de sufrir hambres y desnudeces. Sin embargo, si algo caracteriza a nuestro personaje, es su necedad y fachenda. Por ejemplo, en el capítulo VIII tiene una riña con un eclesiástico y un viejo por defender a la comunidad de catrines, y se gana un bastonazo en la cabeza junto a la reprobación de todos los espectadores por rehusarse a pedir disculpas.

En el capítulo IX conoce el decálogo de Maquiavelo y actúa con más libertinaje. El conde de Tebas lo echa de su casa por expresar sin vergüenza lo que son los catrines. Todos lo maltratan, incluso los criados: lo corren de la sala, casi lo hacen rodar por las escaleras, le echan una olla de agua hirviendo, y el amigo lo abandona al ponerse de parte del conde. Don Catrín está solo a pesar de defender tanto a su comunidad. Con su vanidad y orgullo sólo se gana el desprecio y humillación de los demás personajes, y los que son como él, a quienes tanto defiende, son capaces de abandonarlo si se encuentra en problemas.

En el capítulo X, el marido de una muchacha con quien almuerzan Catrín y un amigo suyo llega a golpearlos a los tres, y nuestro protagonista va a dar al hospital en calidad de preso por atacar al hombre y de que éste lo deje casi muerto. Cuando es liberado de la cárcel regresa a su casa hallándose aún más pobre. El casero lo echa y se queda sólo con su baúl, su memela y sus papeles. El daño físico que recibe por otros personajes que casi lo dejan muerto e internado en el hospital no lo hacen remediarse, ni la pobreza ni el hambre, porque se niega rotundamente al trabajo y al esfuerzo.

Alguien se compadece de él y lo lleva a su casa, pero éste, al ver a la hermana bonita de aquél, la enamora, y al enterarse el hermano le da tantos golpes que va a dar nuevamente al hospital. Al salir de éste una vieja lo lleva a su casa a trabajar,

pero como no le gusta porque no es digno de su nobleza, decide irse, no sin antes robarle las ropas a ella y a sus doncellas para venderlas al día siguiente y huir.

Poco a poco puede verse en el personaje de Catrín una degradación no sólo moral/espiritual, sino corporal. Va a dar al hospital en varias ocasiones, sufre de golpes, de hambres y desnudeces, y roba, engaña y traiciona a todos sin sentir remordimiento alguno. Va al Coliseo y le dan trabajo de mite, donde se pasa una vida lujuriosa al querer a todas las cómicas y a las que puede, y termina degradándose aún más físicamente.

...mi habilidad iba tomando crédito, y yo hubiera sido el primer galán si me lo hubieran permitido las damas, pero me encargué tan deveras a su obsequio, que en cinco meses dieron conmigo en el hospital de San Andrés [...] Por poco no me reducen al estado de Orígenes. Salí medio hombre por una fortuna singular; pero salí flaco, descolorido y con una frazada en el hombro. (116)

Un criado de la antes casa de sus padres, al verlo en tal estado, le sugiere trabajar, pero la respuesta de Catrín sólo demuestra su infinita necedad: “¿Cómo quieres que un personaje de mis prendas se sujete a servir a nadie en esta vida, sino fuere al rey en persona? Vete, vete, y no aumentes mis pesadumbres con tus villanos pensamientos” (117-118). Poco después encuentra a su padrino de bautismo, le cuenta mentiras de sus desgracias, aquél se compadece, le da ropa y veinte pesos, y Catrín los gasta en accesorios para su imagen.

En el capítulo XI, planea robar cinco mil pesos con un amigo, pero los atrapan y van a dar a la cárcel por dos años. Catrín, molesto por los malos tratos que recibe en el lugar, va a quejarse con el gobernador, cuya respuesta le deja en claro que su nobleza ya no vale por sus papeles, y que más bien debe ser avalada por las buenas acciones. Esto provoca que rompa sus papeles, los eche al mar, y se incline aún más por el libertinaje: vive sin vergüenza, bebe mucho y riñe por todo. Roba a una mujer un hilo de perlas de ochenta pesos con engaños y apariencias, y se siente orgulloso de sus “ingeniadas” al escaparse de aquélla y revender el hilo en treinta pesos.

En el capítulo XII pierde una pierna por una aventura amorosa que tiene con una casada, cuyo marido le da una cuchillada en el muslo que por poco lo deja

muerto. Y ya sin poder con qué mantener su antigua imagen, se vuelve limosnero y aprende a causar tanta lástima, que todos le ponen atención y le dejan mucho dinero. Gana tanto que hasta come muy bien y tiene de sobra. Ya se ve que, si acaso la apariencia es muy importante para nuestro personaje principal, es aún más importante su palabrería, pues aún en el papel de limosnero puede engañar y ganarse la confianza de los más ingenuos. Conoce a Marcela, la mujer que hace de su pareja y ama de casa consentidora, a la que mantiene a cambio de los buenos tratos de aquélla.

En el capítulo XIII, don Catrín admite que sus hábitos de rico, la pereza, la gula y el excesivo consumo de licores, destruyen su salud: “¿Quién ha de creer que el regalo y el chiqueo sean muchas veces los asesinos de los hombres? [...] Por lo ordinario me levantaba de la cama entre las nueve y diez de la mañana, y este régimen contribuyó a destruir mi salud” (133). Esto sólo demuestra que está consciente de los daños que se ocasiona él mismo y de lo mal que ha vivido, pero su necedad y vanidad son aún más sólidas.

En el capítulo XIV enferma de anasarca/hidropesía y su mujer lo abandona. Véase cómo, a pesar de insistir en que ha tenido una buena vida y en que no iba a ceder al abatimiento al estar tan cerca de la muerte, él mismo también admite su tristeza al verse enfermo, abandonado y sin nada material: “y cátenme ustedes sin un real, sin alhaja que lo valiera, enfermo, abandonado de la que más quería, lleno de tristeza” (140). En el capítulo XV se niega a la redención a pesar de estar por morir. Y Cándido escribe lo siguiente sobre su muerte: “Ya no pudo seguir dictando el triste don Catrín; la disolución de sus humores llegó a su último grado; el pulmón se llenó de serosidades; no pudo respirar y se murió” (143).

La vida del joven es un sube y baja repetitivo. Así como de pronto le va “bien” porque tiene ropa decente para engañar a otros y comer, así también de pronto está sin ropa, con hambre, golpeado o enfermo en el hospital. Aunque hay veces en las que tiene dinero o comida (gracias a alguien más) y se la pasa de maravilla, siempre está en un camino de decadencia y degradación debido a su necedad constante y la repetición de sus conductas viles ante cualquier situación. Don Catrín comienza su historia siendo un niño con conductas reprochables pero tolerables e incluso

corregibles. Sin embargo, la crianza consentidora de sus padres y la poca atención a los consejos del tío cura, hacen de él un joven adulto incorregible, necio, egoísta y perezoso.

Cecilia Alatorre, en su libro *Análisis del drama*, habla sobre una concepción anecdótica en la comedia que “centra su atención en la progresiva evolución de una conducta que empieza dentro de los límites tolerables y va siendo cada vez más inconveniente hasta que rebasa todos los límites morales y legales y por lo tanto debe ser castigado”⁵. Esta concepción anecdótica consiste en una presentación de las causas del conflicto; un conflicto donde el personaje se ve entre las buenas y malas influencias, y donde hay un enfrentamiento entre sus vicios (deseos) contra los valores y la moral de la sociedad; y un desenlace donde el individualismo y el vicio son ridiculizados y castigados.

En la obra que aquí se analiza, la causa del conflicto es la malcrianza de don Catrín; el conflicto consiste en el enfrentamiento en el que se ve el joven entre seguir los consejos de los personajes virtuosos o viciosos, y también el de sus vicios y deseos individuales contra las reglas de la sociedad; y el desenlace es el castigo de la enfermedad y la muerte intranquila del protagonista, aunque también lo recibe durante toda la obra con las ridiculizaciones y desgracias que le toca sufrir.

Está consciente de lo que le ha hecho mal: “Yo conocía la causa de mi mal; pero no tenía la fortaleza necesaria para abandonarla” (136). Entonces, simplemente se niega dejar de ser lo que es, porque si eso pasara, se redimiría e iría en contra de sus principios. Si aceptara su ridículo, sus vicios y sus errores, tendría que dejar a un lado su vanidad y orgullo. Asimismo, si su nombre es don Catrín de la Fachenda, ¿cómo pensar que cambiaría, aunque sea un poco?

Nuestro protagonista sabe que la pereza, la gula y el excesivo consumo de licores han destruido su salud, pero también que ya es demasiado tarde para poder arreglarlo. Como ya no hay remedio no es necesario redimirse, y lo mejor que puede hacer es seguir en su papel de catrín. Además, el que diga que don Cándido pudo ser su único amigo en la vida, sólo confirma que está consciente de todos los males

⁵ Claudia Cecilia Alatorre, *Análisis del drama* (3ª ed.), México, Escenología, 1999, p. 68.

que hace y le suceden, y que sus amigos catrines a los que tanto adula no lo son en verdad.

Éstas y otras cosas ignoraba yo, cuya observancia conduce efectivamente a mantener la salud con vigor. El último amigo que tuve, y que pienso que fue el único, me instruyó en estas reglas, pero tarde, porque ya estaban mis fuerzas enervadas, gastada mi salud y consumidos mis espíritus. (135)

Su ira, lujuria, orgullo, egoísmo y gula lo hacen morir de la manera en la que lo hace: sin una pierna, solo, enfermo de hidropesía, degradado física y espiritualmente, abandonado, con el vientre elevado, la pierna hinchada, con “el agua, la pituita o qué sé yo, que cada día me va engordando más, y yo no quisiera semejante robustez” (141), con terror, desesperación, incredulidad, ahogándose y sin poder arrepentirse para morir en paz.

Respecto a los mecanismos, otro motivo que causa la risa es la inversión: un mundo al revés donde se repite una situación, pero con los papeles invertidos de los personajes. Esto se aplica en don Catrín, un hombre completamente pobre que se hace pasar por alguien rico y con clase, y cuya simulación se deja ver también en otros personajes de la obra. Hay una inversión no sólo del individuo sino de la sociedad en general, pues lo mismo se aplica tanto a aquéllos que se dejan llevar por el mundo de las apariencias, como a los personajes que son como aquél.

En la sociedad podrida de Catrín, gente sana se hace pasar por la más pobre y enferma y se gana la limosna de la gente que se deja engañar, y los que critican sus acciones pasan a ser unos envidiosos de la felicidad y virtud de aquéllos. Es un mundo al revés, donde la inmoralidad funciona al aparentar ser moral y las palabras ocultan la realidad. (Más situaciones como estas se encuentran en el apartado 3.2. Ironía y sátira).

Aparte de suscitar la risa mediante la inversión, está la transposición, donde una de sus formas surge cuando lo elevado se degrada o lo mediocre se enaltece. Por ejemplo, el hablar de algo vil como si fuera algo digno de respeto, a lo cual se le llama exagerar. Don Catrín engrandece en cada momento su oficio de catrín y las malas acciones que comete, siempre exagera y enaltece lo degradado y vil.

...los catrines son hombres de bien, hombres decentes y, sobre todo, nobles y caballeros [...] son marciales, corrientes y despreocupados. Delante de un catrín verdadero nada es criminal, nada escandaloso, nada culpable. [...] Al que roba, lo defiende con su necesidad; a la coquetilla, con la miseria humana; al que descredita a todo el mundo, con que es su genio; al ebrio con que es alegría; al provocativo, con que es valor, y aun al hereje lo sostiene, alegando la diferencia de opiniones que cada día se aplauden y desprecian. (97-98)

Sin embargo, esa falsedad y engaño disfrazados de palabras almibaradas de don Catrín siempre se pueden desmentir si se toma en cuenta no sólo el decir, sino también el hacer del personaje.

3.2. Ironía y sátira

Desde el comienzo de *Don Catrín de la Fachenda*, el protagonista es el primero en dejar ver las tantas contradicciones en las que cae. Su constante y reiterada exageración al alabarse desde el primer párrafo del capítulo I hace sospechar y desconfiar de lo que cuenta.

Sería yo el hombre más indolente, y me haría acreedor a las execraciones del universo, si privara a mis compañeros y amigos de este precioso librito, en cuya composición me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudición y mi estilo sublime y sentencioso. (35)

En el mismo capítulo, don Catrín narra que tiene una educación brillante, para después explicar que pelea con sus compañeros, se enfrenta al maestro, falta a la escuela de cuatro a cinco días, cuenta mal y escribe peor, y luego vuelve a contradecirse al decir que tiene un gran talento para aprender. Con esto, el lector podrá darse cuenta de que todo lo dicho por don Catrín no es precisamente la verdad. Todo lo que se lee, no debería leerse literalmente. “La incongruencia de algunas frases es la clave para que el lector reconozca que lo literal no es el plano de comprensión de la obra”⁶.

⁶ Mariana Ozuna Castañeda, “Don Catrín de la Fachenda de Fernández de Lizardi o el humor como purga social”, en *Actas XIV Congreso AIH*, Vol. IV (2004), p. 509.

Según Linda Hutcheon en su artículo “Ironía, sátira y parodia”, la ironía “consiste en una señalización evaluativa, casi siempre, peyorativa. La burla irónica se presenta generalmente bajo la forma de expresiones elogiosas que, por el contrario, implican un juicio negativo”⁷. En don Catrín se presenta la burla irónica bajo alabanzas que él mismo se dirige. Y también los otros personajes utilizan la ironía para burlarse de aquél, quien narra que sus compañeros se ríen y celebran su gran talento y que sus maestros lo envidian, cuando en realidad aquéllos sólo se burlan y éstos se enojan. Durante toda la obra don Catrín se esfuerza para hacer que todo lo dicho sea un elogio y no algo negativo para él y su comunidad de catrines.

Según la misma autora, la ironía es intratextual, repetitiva y citacional, es decir, debe ser repetitiva para hacerse patente y entendible al lector. Por ejemplo, la exageración en la alabanza del primer párrafo resulta sospechosa, pero su repetición desvela ese disimulo burlón. “Dada la ambigüedad del primer empleo de la frase, lo que parece ser un elogio se transforma -sin que cambien los términos en sí mismos- en una condenación feroz, por su repetición en contextos diferentes”⁸. Y en el caso de esta obra, la constante ironía termina por ser cada vez más mordaz con la compañía de la sátira.

Hutcheon habla de una noción de *ethos* necesaria para explicar la ironía y la sátira en la pragmática. Este *ethos* “será una respuesta dominante, buscada y finalmente realizada por el texto literario [...] un sentimiento que el codificador busca comunicar al decodificador. El *ethos* es una reacción buscada”⁹.

En el caso de la ironía, ésta “posee un *ethos* burlón marcado”¹⁰, y la sátira “posee un *ethos* marcado pero que está codificado aun más negativamente. Es un *ethos*, sobre todo despreciativo, desdeñoso”¹¹. Cuando ambas, sátira e ironía, se acompañan, “Cuando se trate de examinar el entrelazamiento del círculo de la sátira con el de la ironía, veremos que estos dos *ethos* se unen con la mayor eficacia

⁷ Linda Hutcheon, “Ironía, sátira y parodia. Una aproximación pragmática” (trad. Alba María Paz Soldán), en *Poétique*, núm. 48 (1981), p. 3.

⁸ *Ibid.*, p. 16.

⁹ *Ibid.*, p. 6.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Ibid.*, p. 7.

precisamente en el extremo de la gama irónica que produce la risa amarga del desprecio”¹². ¿No es este desdén el que produce el insufrible y a la vez ridículo don Catrín al leer su historia? Este personaje, más que dar risa por su ridiculez, causa una mueca de desprecio por su comportamiento ruin.

Respecto a la sátira, se trata un género literario en el que se ridiculiza con el fin de corregir. Percibe y señala el sin sentido de algún pensamiento o comportamiento, y corrige los vicios y defectos. “La sátira fue para los ilustrados un vehículo eficaz para llevar la crítica de las costumbres a terrenos literarios, ya que en su constitución amalgama por un lado la risa o la mofa y por el otro la enseñanza moral”¹³. Tiene un fin moralizador, dice al lector cómo deben ser las cosas, y por ello es que “El satirista es por esencia un militante que pone sus ficciones al servicio de un credo”¹⁴.

La “noción de risa ridiculizante (burla) con fines reformadores, es indispensable para la definición del género satírico”¹⁵. Esta noción de la sátira tiene en común con lo cómico que ambos buscan la corrección de aquellas conductas del individuo que lo hacen aislarse de la sociedad. Y esa corrección se hace mediante la ridiculización, la cual mueve a risa y castiga. Lo ridículo es aquello que se relaciona con los defectos, lo anormal, lo raro o extravagante en un individuo, y la ridiculización es la acción de señalar esos defectos (lo cual también se relaciona con la burla). Nicolás Boileau en su *Poética* “clasifica a la sátira dentro del estilo jocoso, relacionando los defectos y el error con lo ridículo, que mueve a risa”¹⁶.

La sátira puede tomar elementos de lo cómico e igualmente de la ironía, la cual también “puede ocasionalmente prestarle sus recursos al satírico sin el menor rubor tanto como dejarse tal vez impregnar de un tinte cómico”¹⁷. Ésta, a diferencia de la sátira, es un tropo que no tiene un fin moralizador, “no debe nada a nadie y

¹² *Idem*.

¹³ Ozuna, *op. cit.*, p. 505.

¹⁴ Pere Ballart, *Eroneia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994, p. 167.

¹⁵ Hutcheon, *op. cit.*, p. 7.

¹⁶ Ozuna, *op. cit.*, p. 506.

¹⁷ Ballart, *op. cit.*, p. 168.

emite sus juicios sin el respaldo de una serie de verdades asumidas como tales”¹⁸. Por tal razón es que el discurso irónico de don Catrín invita al lector a seguir la vida libertina. Al contar sus vicios y acciones como dignas de admirar, sus ideas son de alguna manera sustentadas al estar acompañado de otros personajes iguales a él, y de estar rodeado de una sociedad en la que mayormente se permiten esas conductas ruines siempre y cuando aparenten lo contrario. No obstante, la sátira en la obra, presente mediante la voz de los personajes virtuosos, hace que el comportamiento del protagonista cause desdén y desprecio, y que por ello invite al lector a no vivir como Catrín, además de que la misma vida de éste, llena de tantas desgracias, no resulta admirable ni ejemplar.

La ironía se ve tanto en el discurso como en las situaciones. De la definición tradicional de la ironía, se puede decir que ésta es una “antifrase, como oposición entre lo que se dice y lo que se quiere hacer entender”¹⁹. A nivel semántico se encuentran frases irónicas en la obra. Por ejemplo, cuando Catrín presume de su erudición y la celebración de sus compañeros al hacer un silogismo en un latín mal escrito y un personaje le dice: “Tenga usted el gusto de que es más fácil concebir un ente de razón, que poner otro silogismo en un latín tan cresco y elegante” (41). Véase el aparente halago del que Catrín se lisonjea y toma como verdad el que todos le aplaudan, celebren y que no falte “quien escribiera el silogismo con letras de oro y lo pusiera sobre las puertas del aula” (41).

También, a nivel pragmático, la ironía se encuentra en las situaciones. En el capítulo II don Catrín se ve entre los consejos del cura y Precioso, y habla sobre los entremetidos en la familia que llevan la discordia y el desorden a las casas ajenas. A quien se refiere de entremetido es al cura y no a Precioso. El cura, como su tío, busca su bienestar al aconsejarle seguir con los estudios; y Precioso, como un amigo igual de perezoso y vanidoso que Catrín, le inclina a una carrera que su padre no puede pagar a menos que se queden pobres. Este último es el entremetido que lleva desorden y discordia a la familia del protagonista y no el cura, como lo cuenta don Catrín desde su perspectiva.

¹⁸ *Ibid.*, p. 167.

¹⁹ Hutcheon, *op. cit.*, p. 3.

En el capítulo III, la disputa entre don Catrín y Tremendo también muestra la ironía entre el miedo que esconden y la valentía que aparentan. Véase el ejemplo en don Catrín al confesar su miedo al lector: “y aunque es verdad, como que me he de morir, que yo le tenía bastante miedo a Tremendo, y que le hubiera dado todo lo que tenía en el bolsillo porque no me hubiera desafiado” (63). Y cómo aparenta una gran valentía ante los demás para no verse como un cobarde, pero sí como un hombre valiente y de honor: “Puede matarme y yo también puedo matarlo a él, que será lo más seguro. Y le tengo lástima, porque si le acierto el primer tajo así como el vasazo de aguardiente, bien puede ver dónde lo entierran” (63). La cobardía del otro los salva a ambos de salir sin vida de tal duelo, y ellos solos se ponen en ridículo.

La sola imagen de ambos cobardes aparentando valentía, de Catrín que corre “a embestirle, los muchos tajos, reveses y estocadas que le tiré sin regla” (69) y de Tremendo que sólo trata de defenderse, causa risa. No obstante, la ironía no es cómica, no está hecha para hacer reír, “Ni todo lo que es irónico hace reír, ni todo lo que provoca la risa de los hombres merece entrar en el capítulo de la ironía”²⁰. No es su función, aunque sí puede mover a risa, como es en este caso.

En este punto el lector ya sabe que no puede tomar como única verdad lo que dice don Catrín. El que llame hipocresías a los consejos de los oficiales virtuosos, y coloque como saludables los consejos que le sugieren ser egoísta y dañar a otros, no puede tomarse en serio. ¿Cuándo podría ser saludable y gustoso “seducir una casada, engañar a una doncella, dar cuchilladas a un fanático, burlarse de la justicia” (72), y llamar “simplezas, hipocresías y faramallas” (72) a consejos que sugieren no ser un “libertino, jugador, provocativo, estafador, desvergonzado, atrevido y blasfemo” (72)?

Don Catrín cae continuamente en contradicciones. Sabe que sus muebles “estaban tales que ni para robados servían” (88) y más adelante se atreve a decir: “¿Cómo un don Catrín de la Fachenda había de empeñar ni vender nada suyo y por su propia mano? Semejante conducta habría ajado mi honor, y malquistándome en

²⁰ Ballart, *op. cit.*, p. 439.

todo mi linaje” (89). Trata de quedar bien ante el lector mediante palabras elogiosas, y con ello sólo se contradice él mismo.

Comete delitos y en seguida los desmiente, o más bien, niega que sean delitos por el sólo hecho de que son necesarios para satisfacer sus comodidades. Al amigo que se compadece de él y lo contrata como su gurupí le roba, y al enterarse aquél le da una golpiza y lo echa a la calle casi sin ropa, y aun así se queja de que aquél lo trate como a un villano. Se atreve a llamar talento el aparentar y aprovecharse de la ronda que lo cree ladrón y quiere amarrarlo, al fingir inocencia y hacerles creer que no robó, sino que le robaron. “El discurso es irónico: presenta como bueno, conductas que no lo son”²¹.

Sin embargo, ¿qué se puede esperar de un personaje que se define como “un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta y héroe por todos sus cuatro costados” (36), y dice “pero basta de exordio, *operibus credite* [Dar crédito a las obras]” (36) y esas obras son acciones que demuestran que no es ni noble, ni sabio, ni rico, ni ejemplar por su conducta, ni héroe?

La verdad se ve al enfrentar la palabra con la acción y averiguar si se cumple lo que se dice, y los personajes virtuosos son los que se encargan de hacerlo ver en la obra. Por ejemplo, en el engaño a Simplicio, Pedro Sagaz le dice la verdad a aquél, “no sólo valiéndose de la palabra, sino que enfrenta ésta con la acción, pues acompaña a Simplicio para conocer a la fingida parentela de Catrín. Palabra y acción juntas permiten la aparición de la verdad”²². Sagaz, al igual que el resto de los personajes virtuosos, es el contraste del mundo de apariencias que trata de mantener don Catrín mediante la palabra. Entre ellos está don Cándido, quien concluye la obra y se propone decir la verdad, pues narra explícitamente sobre la irónica vida de don Catrín en el último capítulo, al hacer un contraste con todos los catorce capítulos anteriores llenos de las palabrerías del protagonista.

²¹ Mariana Ozuna Castañeda, *Humor, sátira e ironía en Don Catrín de la Fachenda de José Joaquín Fernández de Lizardi* (tesis de doctorado), México, Universidad Autónoma de México, 2005, p. 180.

²² *Ibid.*, p. 168.

Me comprometí a concluir la historia de su vida; pero, ¿cómo he de cumplir con las obligaciones de un fiel historiador sino diciendo la verdad sin embozo? Y la verdad es que vivió mal, murió lo mismo y nos dejó con hartos desconsuelo y ninguna esperanza de su felicidad futura. (144)

El mismo personaje también nos comparte el soneto que se graba en el sepulcro de don Catrín, donde se puede ver cómo se divide en dos partes: una irónica (por los aparentes elogios y la exageración y engrandecimiento de sus comportamientos despreciables):

Aquí yace el mejor de los catrines,
el noble y esforzado caballero,
el que buscaba honores y dinero
en los cafés, tabernas y festines.

Jamás sus pensamientos fueron ruines,
ni quiso trabajar, ni ser portero;
mas fue vago, ladrón y limosnero:
¡bellos principios! ¡Excelentes fines!

Y una parte satírica (por la condenación severa de sus acciones y su vida, y la advertencia a los lectores de que no sigan sus pasos, tiene un fin moralizador):

Esta vez nos la echó sin despedida,
dejándonos dudosos de su suerte;
Él mismo se mató, fue su homicida.

Con su mal proceder... Lector, advierte:
que el que como catrín pasa la vida,
también como catrín tiene la muerte. (145)

El protagonista se encarga, durante toda la obra, de hacer pasar todas sus malas conductas como buenas, y de hacer que lo dicho sobre los catrines sea elogioso y no negativo. Sin embargo, es el lector quien se encargará de completar la obra y descifrar lo que está implícito. Según Hutcheon, éste debe tener tres competencias para descifrar la ironía y la sátira: una lingüística, una genérica y una ideológica. La primera consiste en que el lector pueda descifrar lo que está más allá de lo que ya

está escrito. La competencia genérica consiste en el conocimiento que tiene el lector acerca de las normas literarias y el canon. Y la ideológica se refiere a la formación literaria de un lector, la cual le es necesaria para descifrar la ironía, sátira o parodia en algún texto, y por ello, aquel lector que no las comprende tiene un conocimiento insuficiente, razón por la que “Uno de los reproches más comunes dirigido al discurso irónico y paródico es el de su elitismo”²³.

No obstante, al ser el objetivo de Fernández de Lizardi el que sus obras sean comprensibles para el pueblo, y de que la ironía no esté tan implícita sino en constante presencia en la obra (más la compañía que le hace la sátira), hace de *Don Catrín de la Fachenda* una historia descifrable y, de alguna manera, fácil de comprender para cualquier lector. Éste “es un participante activo en la creación del sentido del texto, pues extraerá las conclusiones morales, evitando así la voz moralizante que empleara Lizardi en sus novelas anteriores”.²⁴

Con esa vida propuesta como modelo sólo se causa todo lo contrario: que no resulte admirable. El comportamiento de don Catrín es lo único necesario para causar repulsión por la vida catrinesca, pero, por si queda duda, la conclusión del practicante dilucida lo anterior, y no tiene reparo en condenar las conductas y vida de don Catrín severamente.

Una interpretación del sentido último de la obra no puede dejar de tener en cuenta esta “conclusión”. A través de ella adquiere consistencia el itinerario del protagonista, en tanto la ejemplaridad de su conducta –inconducta– constituye un medio docente para enfatizar el bien por repulsa o por antítesis con respecto a dicha conducta: Catrín [...] persiste en sus defectos hasta el fin, después de haberse convertido, mediante la permanente operación alusiva de tipo satírico, en características de un supuesto modelo.²⁵

Esto hace que Fernández de Lizardi se ahorre la voz severa y moral que constantemente utiliza en *El Periquillo Sarniento*. En don Catrín no hay constantes reflexiones sobre lo perjudicial de los vicios, de los malos actos contra el prójimo,

²³ Hutcheon, *op. cit.*, p. 12

²⁴ Ozuna, *el humor como purga social...* p. 509.

²⁵ Cvitanovic, *op. cit.*, pp. 311-312.

del egoísmo ni de las consecuencias de la crianza consentidora como sí los hay en el Periquillo. Al contrario, esos males don Catrín los hace pasar como buenos, y solamente los personajes virtuosos son los que llevan a la reflexión con sus discursos sobre lo perjudicial del comportamiento libertino. “La ironía en Don Catrín de la Fachenda aparece en cada capítulo de la novela, disminuyéndose considerablemente la otra conciencia representada por los sermones o párrafos moralizantes que guiaban la sátira”²⁶. El mismo don Catrín, al inicio de la obra, deja en claro que en su historia no reinará el tono satírico ni será tan pesada moralmente como la del Periquillo.

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo *El Periquillo Sarniento* de que su obra halló tan buena acogida en este reino, porque la mía, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida a un solo tomito en octavo, se hará desde luego más apreciable y más legible. (35)

La voz de Catrín narra sus aventuras desde un punto de vista irónico en el que toda acción libertina es puesta como producto de la astucia e ingeniosidad. Y la voz del Periquillo narra sus malas acciones y vicios desde un punto de vista reflexivo, al advertir constantemente sobre lo perjudicial de llevar una vida de crímenes, perezas y egoísmo. A esas reflexiones acude constantemente con arrepentimiento y con consejos para que los lectores no sigan sus pasos.

No hay duda —decía yo—, la holgazanería, el libertinaje y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera. La verdadera felicidad en esta vida no consiste ni puede consistir en otra cosa que en la tranquilidad de espíritu en cualquier fortuna; y ésta no la puede conseguir el criminal, por más que pase alegre aquellos ratos en que satisface sus pasiones, pero a esta efímera alegría sucede una languidez intolerable, un fastidio de muchas horas y unos remordimientos continuos.²⁷

²⁶ Ozuna, *el humor como purga social...* pp. 508-509.

²⁷ José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, México, Grupo Editorial Tomo, 2004, p. 387.

Ya se podrá ver que, a diferencia del Periquillo, Catrín en su discurso siempre trata de esconder la verdad, aunque ésta se demuestre en la incoherencia que hay entre lo que le pasa y cómo lo trata de contar. Y respecto a Periquillo, al contar la historia desde su vejez, cuando ya se había redimido y arrepentido de su vida libertina pasada, en su discurso no faltan sus reflexiones sobre lo negativo de guiarse por los vicios y crímenes, y lo positivo de guiarse por los comportamientos virtuosos que implican amar al prójimo, ser humilde, moderado, etcétera.

Por ejemplo, don Catrín, al comenzar su historia, dice que sus padres le han criado muy bien al consentirle y darle lo que quiere sin regaños. En cambio, el Periquillo, al hablar de la crianza consentidora que también le dan sus padres, incluye una crítica, una reflexión sobre las consecuencias de esa mala crianza.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente.

Si alguna criada me incomodaba, hacía mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme a ser soberbio y vengativo.²⁸

Hay una diferencia entre ambos discursos. *El Periquillo* transmite un mensaje moralizante junto a la advertencia de: “esto es malo, no lo hagas”. Y *Don Catrín*, mediante la ironía del discurso del protagonista, invita a seguir la vida libertina con un: “haz esto y te pasarás una vida alegre”. Con el primer discurso el lector se siente constantemente sermoneado, mientras que con el segundo se le da cierta superioridad respecto al personaje.

Desde el primer capítulo son patentes las intenciones de la obra: ridiculizar y reprobador, mediante la sátira y la ironía, las costumbres y comportamientos de los catrines, los que son como ellos y los que se dejan llevar por el mundo de las apariencias. Sátira e ironía están presentes en la obra y se unen para dejar en claro que las conductas del protagonista son desdeñables y despreciables. La ironía en el discurso de don Catrín provoca que éste sea desconfiable para el lector y que por ello no se tome en serio los elogios que el personaje dirige para sí mismo. Y la sátira la acompaña con la voz severa y el desdén hacia aquellos vicios del personaje que

²⁸ *Ibid.*, p. 20.

se buscan corregir. Si en don Catrín “el arte de decir hace recomendable lo necio” (49), en la realidad y consecuencias de sus acciones las hace aborrecibles y reprobables.

Veinte y ocho años tienes de edad, todos mal empleados en la carrera de vicios. Inútil a ti mismo [...] has aspirado siempre a subsistir con lujo y con regalo sin trabajar en nada, ni ser de modo alguno provechoso. ¡Infeliz!, ¿no sabes que por castigo del pecado nace el hombre sujeto a vivir del sudor de su rostro? (101-102)

Catrín se degrada cada vez más por su objetivo de seguir la ley del menor esfuerzo. Podría haberse corregido a tiempo como Pedro Sarmiento, pero decidió ser un orgulloso de “espíritu fuerte”. Su vida irónica deja entrever el comportamiento ridículo e insufrible que siempre ha tratado de disfrazar por ejemplar; y la sátira, los sucesos desgraciados y tristes que ha sufrido por sus acciones desdeñables. La realidad es que vive muy mal y muere triste, intranquilo y en plena desesperación, sin poder redimirse para morir en paz, y él lo sabe, pero decide ser un catrín hasta la muerte para mantener su vanidad, su orgullo y su fachenda.

3.3. Crítica a la sociedad mexicana del siglo XIX

En una época de inestabilidad política y social, e incluso de identidad, José Joaquín Fernández de Lizardi, más que retratar las costumbres de la sociedad, se propone reformarla. Esto se ve tanto en sus escritos periodísticos como en sus novelas: desde las críticas a las autoridades eclesiásticas y virreinales, hasta las dirigidas a todo aquel que represente un mal vicio que dañe a la sociedad sin importar la clase social a la que pertenezca, abundan en sus obras. En éstas advierte a sus lectores sobre los peligros de tener una vida llena de vicios, y las denuncias a las corrupciones por parte de las autoridades no faltan. Todo esto lo hace con el propósito de impulsar el progreso de la nueva nación y darle identidad. De ahí que sus obras tengan propósitos didácticos y educativos.

Al ser un ilustrado cree que la educación del pueblo es la clave para que la nación progrese, pues “La venalidad de los funcionarios, la desigual distribución de la riqueza, la torcida acción de la justicia, la inseguridad de los caminos, la pobreza

de la hacienda pública, el mal gusto del vulgo”²⁹, piensa que provienen de la defectuosa educación del pueblo. Sin embargo, atribuye, sobre todo, el mal de la patria al egoísmo, a la improductividad de ciertas comunidades como los catrines y en general a la clase media.

Fernández de Lizardi es parte de una sociedad que, al verse en una nación en caos, sin avance y sin una dirección clara hacia el futuro, prioriza el *carpe diem*. Hay una inclinación hacia vivir el presente y los placeres momentáneos antes que las reflexiones sobre lo venidero. Razón por la que se vive de la manera que se quiere, sin importar a quién afecte, porque de todas maneras no hay mejora ni futuro esperanzador.

Es por ello que el autor se encarga de retratar en sus obras a diversos personajes caracterizados por sus acciones viles y egoístas, sin importar su oficio o si son de la clase alta, media o baja. Lizardi denuncia al militar, al mendigo, al escribano, al médico, etc., que engaña a otros y hace vilezas para su propio beneficio. Las conductas perniciosas se ven tanto en las clases sociales más bajas como en las de élite, y en éstas se cubren mediante el llamado “buen tono”.

En la sociedad se distinguen las clases altas de las bajas por su “correcta” vestimenta, forma de hablar, educación y modales; y la segunda es caracterizada por su contrariedad al considerarse pobre, hambrienta, mal educada, viciosa, etcétera. Razón por la que existe el rechazo, el horror, el desconocimiento y el clasismo por parte de la élite hacia las clases más bajas. No obstante, las conductas perjudiciales también se dan en estas clases altas, sólo que son encubiertas mediante el buen tono, la hipocresía, la apariencia y la falsa moral. “La nobleza se jactaba de estar libre de mezclas impuras o nobleza de sangre, sin que “nobleza” fuera, como debía ser, una virtud moral”.³⁰

A los hombres y mujeres jóvenes a los que denominan catrines son conocidos por ser hijos de gente aristócrata, que hace escándalos e incluso comete delitos. Se visten a la moda, se niegan al trabajo y viven en pleno libertinaje. No obstante, este término también denomina a aquella juventud de origen humilde o de

²⁹ Salvador Reyes Nevares, “La novela mexicana del siglo XIX”, en *La palabra y el hombre*, núm. 14 (1960), p. 93.

³⁰ Palazón, *op. cit.*, p. 27.

clase media que busca estar a la altura de los ricos y de la última moda, o al menos aparentar estarlo.

Tenemos de ejemplo a don Catrín, personaje cuyo origen es dudoso, aunque dice ser de origen noble, de abuelos conquistadores y de padres catrines como él; y que se caracteriza por su desmedido interés en aparentar riqueza y decencia ante los demás cuando vive pobre y mantiene un sólo traje. La pérdida de validez de la nobleza, el mérito del trabajo, y su nulo interés por trabajar debido a su vanidad y orgullo, lo lleva a estar pobre, sufrir miserias y a vivir de otros, muchas veces sin importar los medios.

Es importante mencionar que Lizardi, en su obra, no limita el término catrín. Critica y bautiza con esta palabra a todo aquel que se comporta como uno: fachenda, orgulloso, egoísta, vanidoso, hablador, mentiroso, fingidor, iracundo, lujurioso, estafador, desvergonzado, etcétera. Los catrines son una comunidad inservible e inútil a la sociedad, que insiste en darse unos privilegios ilógicos y antiguos, y se niega a ejercer cualquier oficio por ser indigno a su nobleza. Ocultan su pereza y su educación insuficiente con arrogancia y apariencias al fingir demasiada inteligencia y talento, pero lo hacen mediante palabras, no hechos. “Esta falta de dirección, este rechazo al trabajo y este aferrarse a un pasado irrecuperable debilita el progreso”³¹ con el que sueña el pensador mexicano.

Los catrines y la clase media son el blanco de Fernández de Lizardi en sus escritos, y critica principalmente sus vestimentas y comportamientos extravagantes. Por ejemplo, en el periódico *El Pensador Mexicano*, escribe lo siguiente sobre los currutacos.

...mis señores currutacos, sin blanca y sin destino, que se ven precisados a sostener un tren exterior de decencia a puras fuerzas y con mil trabajos, para poder presentarse todos los días en clase de gorriones a tomar la sopa en casa de este amigo o aquel conocido [...] y que emplearse, tal vez, en tráficos más indecentes para cenar asado y dormir en un destripado colchón. Estos pobres no pueden dar

³¹ Romine, *op. cit.*, p. 49.

limosna: harto hacen con adquirir el medio o el real para que les almidonen las camisolas o les remonten las botas.³²

Estas características sobre el currutaco se aplican de igual manera al catrín y a la clase media, a la cual el pensador acusa de vanidosa y arrogante por desdeñar el trabajo honrado a pesar de estar pobre, y que prefiere hacer vilezas antes que ejercer oficio. Asimismo, el autor critica las diferencias abismales entre las diferentes clases sociales.

Hay de todo con desproporción. Esto es: hay una multitud de pobres de mediana clase que jamás respiran con libertad, ni gozan todo lo que apetecen: hay una infinidad de gente vaga, viciosa y miserable que o no come, o si come es mal y si viste es peor, pero hay algunos ricos que cada uno de ellos es bastante a comprar treinta condazgos y cincuenta varonías de su tierra de U. y quedarse tan poderoso como antes.³³

Y dirige aún más sus críticas a la clase media:

...es la más insoportable. Un demonio es esto de haber nacido en buenos pañales (aunque todos los pañales son pañales), haberse criado con una regular educación y haber heredado un Don a modo de sonaja o cascabel. Estos tenemos más que sufrir en la miseria que los últimos infelices de la plebe.³⁴

En la sociedad todo es aparente, las cosas funcionan al revés y la inmoralidad se oculta bajo una falsa moral. Las escuelas y la Iglesia hacen mal su trabajo en educar a los más jóvenes, y el desdén al trabajo honrado ocasiona que haya muchos holgazanes, ladrones y mendigos tratando de darse riquezas, comodidades y satisfacciones mediante cualquier cosa menos con esfuerzo y trabajo. Muchos prefieren mendigar por las calles y vivir de la limosna mientras fingen ceguera, enfermedades o cojeras, y engañan a las almas caritativas para fomentar aún más sus vicios a ocultas.

³² Ozuna, *Del humor y la apariencia...* p. 11. (En el número 8 del primer tomo del periódico *El Pensador Mexicano*, p. 200).

³³ Spell, *op. cit.*, p. 226. (*Sobre una materia interesante*, en el periódico *El Pensador Mexicano*, entrada del 16 de diciembre de 1813).

³⁴ *Idem.*

El bachillerato limitaba al alumno a una profesión o a la holgazanería, ya que era intolerable que toda persona distinguida manchase sus manos con un oficio. [...] La ley de mayorazgo dejaba a los hijos menores sin herencia, y aún así, les estaba vedado dedicarse a los negocios. [...] El desagrado que tenía la sociedad por las ocupaciones lucrativas exceptuando a las profesiones científicas, produjo el engaño, el soborno y todos los medios indignos para ganarse el pan, alcanzar riquezas y una posición elevada. El trabajo honrado considerábase indigno y dio origen a la inmensa legión de mendigos y de ladrones, y de todos los pícaros y de los pordioseros que [...] ejercían su empleo en el centro de la ciudad.³⁵

El pensador mexicano se preocupa por el progreso de la nación, y cree que la unión de la sociedad y la educación son puntos clave para mejorar. El amor al prójimo, la solidaridad, la modestia y la humildad, entre otros, son valores que pretende enseñar a sus lectores a través de sus obras, mientras que las conductas viles las satiriza y ridiculiza. Tenemos como ejemplo a *Don Catrín de la Fachenda* y *El Periquillo Sarniento*, donde Lizardi retrata la vida llena de desgracias y miserias de los protagonistas debido a su inclinación por el libertinaje, el egoísmo y los vicios, y donde acusa y denuncia no sólo a los catrines, sino a todo aquel que vive como ellos. En sus obras se dedica a retratar a tipos notables que habitan la capital, como

el tipo del “pelado”, del “payo”, de la señorita casadera, de la madre complaciente, del padre que simula gravedad y en el fondo es débil; el funcionario, el militar de baja categoría, el prestamista, el hostelero, la manceba, el “catrín”. [...] No tienen la consistencia de seres individuales, con un carácter propio, intransferible, que sea sólo de ellos. Su sustancia es la misma de todos los que pertenecen al tipo que representan. [...] es propiamente una máscara, un conjunto de facciones que no pertenece a nadie particularmente, sino al conjunto, al tipo.³⁶

Su propósito de reformar a la sociedad es genuino. En sus obras reina el lenguaje popular de los diferentes estratos sociales y utiliza frases famosas para que el pueblo comprenda y memorice el mensaje. Además, hace referencia a lugares ya

³⁵ *Ibid.*, p. 240.

³⁶ Reyes, *op. cit.*, pp. 94-95.

conocidos, y en sus historias hay personajes que fácilmente se pueden distinguir en la época por sus características generalizadas.

En *Don Catrín de la Fachenda*, Lizardi pretende criticar a su sociedad y moralizarla al colocar como antiejemlo la vida y comportamientos de don Catrín. La vida de éste es una constante caída a la degradación de su cuerpo y alma: vive mal y muere igual, en plena intranquilidad y desesperación, sin poder arrepentirse jamás. Y así es como, mediante la decadencia del personaje, critica, señala y enseña a la vez sobre las conductas viciosas y virtuosas. Hace una crítica individual y social, y advierte a sus lectores de la mala vida que pueden llevar si se inclinan por el libertinaje y los vicios.

El pensador mexicano observa los males que habitan en su sociedad y los plasma en sus historias y personajes. Esto lo hace con el fin de educar a sus lectores y criticar las fallas y corrupciones que cometen las autoridades eclesiásticas y virreinales. Al ver que las riquezas sólo son de unos cuantos y la pobreza de muchos otros, que la inseguridad, el esclavismo, las corrupciones, la inmoralidad y la mala educación de los más jóvenes son parte común en su realidad, escribe no sólo para retratar a la gente y sus costumbres, sino para dar identidad a la nueva nación.

Conclusión

A lo largo del trabajo, se ha diferido de estudios anteriores por considerar que don Catrín es como es no por su propia culpa, sino por la de otros. La malcrianza de sus padres, el abuso de sus amigos catrines que comen y se divierten en su casa a costa de él y de su dinero, su desconocimiento por la moral, y su objetivo de sobrevivir entre tantas hambres, desnudeces, golpes y abusos de otros, lo hacen ver como si al engañar y robar buscara ganarse la vida en un mundo que es injusto con él.

Sin embargo, la culpa también recae en el protagonista. Desperdicia la herencia que le dejan sus padres por querer darse una vida de rico y quedar bien con sus amigos, y al quedarse sin casa, busca vivir a costa de otros. No es amoral, conoce y diferencia perfectamente los buenos actos de los malos, y hace estos últimos no para sobrevivir en un mundo que es malvado con él, sino para satisfacer sus necesidades, vivir en diversión y sin preocupaciones.

Los vicios cómicos de Bergson han ayudado a definir a nuestro protagonista. Don Catrín comete todo tipo de vicios, lo hace naturalmente y es un hábito para él actuar con soberbia, ira, pereza, gula y lujuria. No obstante, al no ser un personaje cómico, sus vicios tampoco resultan del todo cómicos. Según Bergson, el personaje cómico está adherido a una distracción que lo hace aislarse de los demás, y está inconsciente de su vicio y de sí mismo; actúa desconectado, comete acciones sin sentido repetitivamente, y por ello queda en ridículo y causa la risa. El protagonista, si acaso queda en ridículo en ocasiones, causa más desprecio que risa, porque está consciente de lo que hace. Engaña, estafa, roba a los personajes que le ayudan, y sin vergüenza alguna presume de estas acciones, las cuales trata de disfrazar como placenteras y dignas de imitar mediante los constantes autoelogios que se hace.

Todos los personajes catrines de la obra están sujetos a un vicio principal. Sus nombres hablan por sí solos y dan una idea de cómo son: Tarabilla, Tronera, Tremendo, Precioso, etcétera. Pero todos, como don Catrín, están encadenados a todos los vicios: se rigen por la ira, soberbia, pereza, lujuria, gula, envidia y avaricia, y representan personajes tipo. En la obra, profesan y aconsejan unas actitudes viles y despreciables, e invitan a don Catrín y al lector a cometerlas. En el protagonista

se puede notar un pequeño cambio al verse entre los consejos de los personajes viciosos y virtuosos, y hasta duda de hacerles caso a los primeros al reflexionar que con esas conductas se hará aborrecible al mundo. Sin embargo, nace hecho un catrín y muere igual. Su nombre lo define y nunca está dispuesto a cambiar.

De igual manera, se ha analizado la vida de don Catrín desde los mecanismos de la risa de Bergson. Este salir y aplastar de la caja para nuevamente salir del diablillo de resorte, coincide con la vida de don Catrín que cae y se levanta para nuevamente caer, al vivir algunos días como rico mientras se aprovecha de otros, pero al poco rato sufrir las consecuencias de sus actos al dar al hospital por ser golpeado, o pasar hambres por acabarse el dinero tan rápido en accesorios para su apariencia. Este subir y bajar está en constante repetición. Y es un ladrón robado, pues las acciones que comete contra otros las sufre también.

La transposición se ve cuando presume y enaltece las acciones viles que comete su comunidad de catrines, —como seducir a una casada, deshonar a otros, ser un militar libertino, atacar a quien vaya en contra de uno mismo —, y envilece las buenas acciones o virtudes, —pues el hecho de no acceder al duelo lo ve como cobardía, y no como valentía al poder perdonar al otro como a uno mismo—. Y la inversión se muestra en la sociedad de don Catrín, donde las cosas funcionan al revés, pues vive entre personajes que juzgan por la vestimenta y el habla antes que por las acciones, que se disfrazan de ricos cuando son pobres, que dicen ser inocentes cuando roban, que se hacen pasar por mendigos y enfermos cuando tienen dinero de sobra y están bien de salud, etcétera. No obstante, si acaso los mecanismos de la risa han ayudado a esclarecer la forma de vida del protagonista, antes que causar risa, las situaciones por las que pasa causan disgusto por lo que hace y le toca vivir.

El discurso por parte de don Catrín que invita al lector a seguir sus pasos es un repelente anti-catrín. Con su historia, lo que menos se querría es imitarlo, porque se muestran las fatales consecuencias de sus actos. Toda la obra es una advertencia al lector: si vive mal, morirá mal, al igual que don Catrín. La ironía y la sátira están de fundamento en la obra, y van de la mano para provocar en el lector una reacción amarga, de desdén y desprecio hacia el personaje. Porque, ¿cómo

sería gustoso admirar una vida en la que se tendría que engañar, robar, traicionar, sufrir golpes, rechazo y hambres? La vida de don Catrín es útil a Fernández de Lizardi para hacer una crítica a quien que se comporta como aquél, y también para señalar a los individuos de la sociedad que son reconocidos como catrines, pillos y currutacos.

Ambas, sátira e ironía, son recursos que el autor utiliza para cumplir su objetivo: señalar, criticar y educar sobre las conductas dañinas tanto para uno mismo como para la sociedad. Aunque en este trabajo se describe solamente la vida del autor y el contexto socio-histórico y literario para análisis de *Don Catrín de la Fachenda*, el propósito del pensador mexicano de educar mediante sus escritos, y la crítica que hace a las autoridades virreinales, clericales y a la sociedad misma en su trabajo periodístico, se merecen un estudio profundo y completo. Establecer una relación entre sus obras y su sociedad contemporánea, comparando realidad con ficción, sería sumamente interesante, porque después de todo, ¿no es de ahí que emerge la literatura?

En su momento, aunque no extensamente, se analiza en este trabajo acerca de la identidad del mexicano y su similitud con la forma de ser de don Catrín, e incluso de la relación que tiene con la simulación. Según Samuel Ramos, la identidad del mexicano se define por la gran diferencia que existe entre lo que desea ser y lo que es, es decir, hay una incoherencia entre sus aspiraciones y sus capacidades. Esto trae consigo un sentimiento de inferioridad que el individuo trata de ocultar mediante una aparente valentía, poder y superioridad ante otros. Se coloca una máscara, y simula ser lo que no es, hasta creerse la fachada que representa. Por tal razón, es un individuo alejado e inadaptado tanto de la realidad como de sí mismo, que evita estar en contacto con los demás y no tiene sentido de comunidad. No obstante, si acaso toma en cuenta a otros, es sólo a aquellos que le ayudan a mantener viva esa imagen que se ha creado de sí mismo. Y cuando ya se tiene satisfacción con la imagen creada, no hay motivo alguno para optar por el cambio o mejoramiento.

De la simulación del mexicano que busca ocultar su intimidad también habla Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. El individuo que simula jamás se funde

con su papel (porque dejaría de simular), pero tampoco puede dejar de hacerlo (porque es algo inseparable de su ser). Se condena a cargar una máscara y a representar un papel toda su vida, y sólo la muerte o el sacrificio romperían esa fachada.

Todo lo anterior se relaciona con *Don Catrín de la Fachenda*. Este personaje se coloca una fachada para ocultar su pobreza, su nula nobleza y educación, y aparentar lo contrario. Lo que desea ser está fuera de su alcance. No se funde con sus papeles porque sabe que finge, pero tampoco puede dejar de representarlos. Se rodea de otros que le ayudan a creerse la imagen que se ha creado de sí mismo, pero sus relaciones son superficiales porque necesitan del otro sólo para lisonjearse. Es un individuo inadaptado tanto de su sociedad como de sí mismo, que cuida constantemente de su imagen, pero no de comer bien ni de vivir tranquilamente. Es indiferente a los problemas que les causa a los demás, porque sólo le importa satisfacer sus propias necesidades. Y su autoelogio, orgullo y vanidad no son símbolo de amor a sí mismo, ni mucho menos de amor a su comunidad de catrines a la que tanto defiende y presume.

Esta relación entre la mexicanidad y *Don Catrín de la Fachenda* abre puertas para un estudio social, filosófico y literario muy interesante, de suma importancia para analizar nuestra actualidad y darnos cuenta de que las cosas no han cambiado en su totalidad. Nuestra sociedad mexicana muestra una cultura de valemadrismo, cuya identidad sigue conformada por esa herida que se hizo desde la conquista. Somos las víctimas eternas que sienten orgullo por serlo. Las conductas de don Catrín del siglo XIX que el pensador mexicano busca corregir en su sociedad, siguen vigentes en la nuestra.

Ahora mismo no se verán catrines con sus trajes extravagantes por las calles como en el siglo XIX. Sin embargo, las conductas de estos sí que se pueden encontrar en la sociedad mexicana actual. Una que vive en un presente eterno sin preocuparse por el futuro, porque se ha acostumbrado tanto a que las cosas estén mal, que es egoísta e indiferente a las corrupciones, a la violencia, las muertes, las desapariciones y las injusticias, a menos que les pase a ellos mismos o a los suyos.

Es una sociedad mexicana que vive mal y se enorgullece de ello, porque lo importante es ser “chingón” y no quejarse de todo aquello que está mal. Que es caracterizada por su ira y por defender su valentía, que se sirve de la labia para conseguir lo que quiere y aplica el “como te ven, te tratan”, y donde el que se “chinga” a los demás es porque “el que no tranza no avanza”. Esto implica ser egoísta y servir sólo a los que podrían ayudar a subir en la pirámide social.

Es importante aclarar que esto es un guiño a un estudio más amplio, y que este trabajo se limita a dar un esbozo de las semejanzas que hay entre lo que puede decirse en general de la sociedad mexicana actual y la del siglo XIX. Asimismo, tomemos en cuenta que Lizardi plasmó en su obra un tema y un personaje universales que pueden encontrarse en una sociedad tanto actual como antigua.

Bibliografía citada

- Alatorre, Claudia Cecilia, *Análisis del drama* (3ª ed.), México, Escenología, 1999.
- Arenas Pacheco, Guadalupe Estefanía, *Don Catrín de la Fachenda: ridiculización de las clases sociales y la moralidad a principios del siglo XIX*. Consultado en <<https://pdfcoffee.com/don-catrin-de-la-fachenda-ensayo-final-literatura-en-al-ii-2-pdf-free.html>>.
- Bajtín, Mijaíl, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (versión de Julio Forcart y César Conroy), Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- Ballart, Pere, *Eroneia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994.
- Bergson, Henri, *La risa* (trad. Amalia Aydeé Raggio), Madrid, Sarpe, 1985.
- Cvitanovic, Dinko, "La alegoría satírica en "Don Catrín de la Fachenda", en *Boletín de la Real Academia Española*, vol. 70, núm. 250 (1990), pp. 301-316.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, México, Penguin Clásicos, 2019.
- Hamnett, Brian, "Imagen, identidad y moralidad en la escritura costumbrista mexicana, 1840-1900", en *Signos históricos*, vol. 12, núm. 24 (2010), pp. 8-43.
- Hutcheon, Linda, "Ironía, sátira y parodia. Una aproximación pragmática a la ironía" (trad. Alba María Paz Soldán), en *Poétique*, núm. 48 (1981), pp. 1-16.
- Lozano Fuentes, José Manuel y López Reyes, Amalia, *Historia universal contemporánea*, México, CECSA, 2000.
- Marrero Fente, Raúl, "Don Catrín de la Fachenda: La ironía como expresión de una normativa vacilante", en *Acta literaria*, núm. 28 (2003), pp. 107-121.

- Mendoza López, Juan Manuel, *Un análisis histórico y estructural del relato Don Catrín de la Fachenda, de José Joaquín Fernández de Lizardi* (tesis de licenciatura), Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015.
- Ortega Esquivel, Aureliano, *Filosofía Mexicana*, Universidad de Guanajuato, 2018.
- Ozuna Castañeda, Mariana, *Del humor y la apariencia en Don Catrín de la Fachenda* (tesis de licenciatura), México, Universidad Autónoma de México, 2000.
- Ozuna Castañeda, Mariana, “Don Catrín de la Fachenda de Fernández de Lizardi o el humor como purga social”, en *Actas XIV Congreso AIH*, Vol. IV (2004), pp. 505-513.
- Ozuna Castañeda, Mariana, *Humor, sátira e ironía en Don Catrín de la Fachenda de José Joaquín Fernández de Lizardi* (tesis de doctorado), México, Universidad Autónoma de México, 2005.
- Palazón Mayoral, María Rosa, “José Joaquín Fernández de Lizardi: vida desgraciada y obra patriótica”, en Rafael Olea Franco (editor) y Pamela Vicenteño Bravo (colaboradora), *Doscientos años de narrativa mexicana: siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2010.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad* (2.^a ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Colección austral, 2019.
- Real Academia Española: *Diccionario de la lengua Española*, 23.a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [13 de enero, 2024].
- Reyes Nevares, Salvador, “La novela mexicana del siglo XIX”, en *La palabra y el hombre*, núm. 14 (1960), pp. 91-116.

- Rodríguez, María José, “La figura de la mujer en Lizardi: Noches tristes y día alegre y Don Catrín de la Fachenda”, en *Cartaphilus*, vol. 12, núm. 13 (2014), pp. 154-175.
- Romine, Jakob Tanner, *Nacionalismo, ironía y desilusión en la obra narrativa de José Joaquín Fernández de Lizardi* (tesis de licenciatura), Texas, Texas State University, 2020.
- Spell, Jefferson Rea, “La sociedad mexicana juzgada por Fernández de Lizardi” en *Anales del Museo Nacional de México*, núm. 5 (1927), pp. 224-240.
- Suárez, Wilfrido M., *Modelización social en dos novelas novohispanas: “Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda” y “El Periquillo Sarniento”* (tesis de doctorado), Nebraska, The University of Nebraska, 2012.
- Trujillo Bretón, Jorge Alberto, “La sociedad del buen tono”, en *Grafylia*, vol. 6 (2008), pp.152-161.
- Villegas Cedillo, Alberto, *La novela popular mexicana en el siglo XIX*, Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1984.
- Voltaire, *Cándido, Zadig, El ingenuo, Micromegas, Memnón y otros cuentos*, México, Editorial Porrúa, 2018.

Bibliografía de referencia

- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco, “Sátira y nación en la novela mexicana del siglo XIX. El caso de *El periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi”, en *América. Cahiers Du CRICCAL*, vol. 37, núm. 1 (2008), pp. 119-128.
- Carballo, Enmanuel, “La novela mexicana del siglo XIX”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 85 (2011), pp. 35-39.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, Defensa del papel titulado *Si dura más el Congreso, nos quedamos sin camisa*, Universidad Autónoma de México e

Instituto de Investigaciones Filológicas. <<https://www.iifilologicas.unam.mx/obralizardi/#>>

Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Cincuenta preguntas de el pensador a quien quiera responderlas*, Universidad Autónoma de México e Instituto de Investigaciones Filológicas. <<https://www.iifilologicas.unam.mx/obralizardi/index.php?page=cincuenta-preguntas-de-el-pensador-a-quien-quiera-responderlas>>

Pitol, Sergio, “Fernández de Lizardi y la primera novela mexicana” en *Texto crítico*, núm. 9 (2001), pp. 45-55.

Raffi-Bérout, Catherine, *Apunte bibliográfico de Joaquín Fernández de Lizardi*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/portales/fernandez_lizardi/apunte_biobibliografico/>

Saavedra, Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, México, Colección Fractales, 2022.